



Pedro Calderón de la Barca

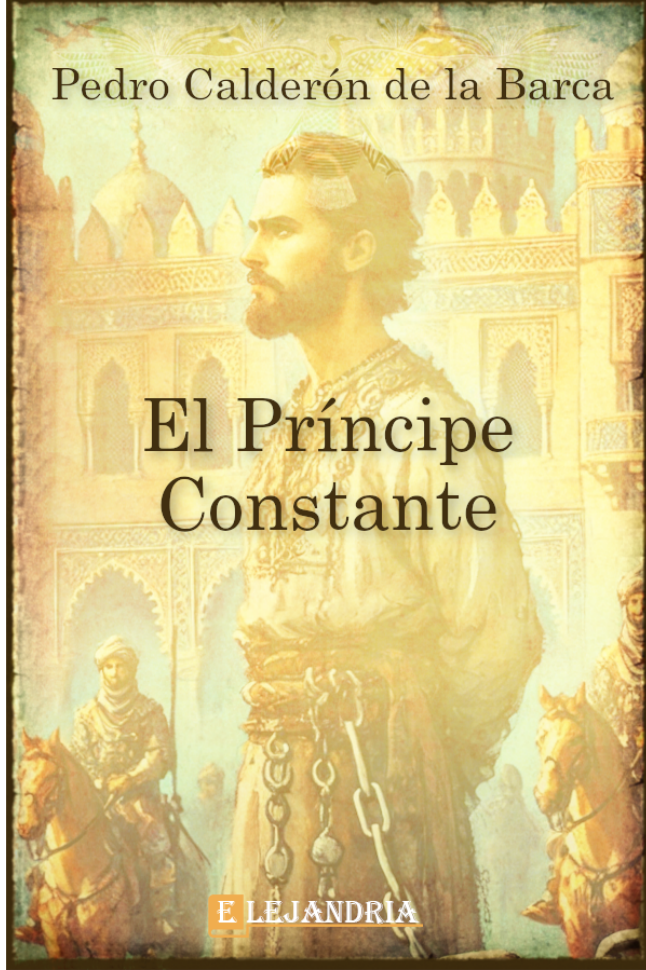
# El Príncipe Constante

**E** LEJANDRIA

Pedro Calderón de la Barca

# El Príncipe Constante

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL PRÍNCIPE CONSTANTE

**PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA**

**PUBLICADO: 1629**  
**FUENTE: WIKISOURCE**  
**EDICIÓN: FRANCISCO SURIÁ Y BURGADA, BARCELONA,**  
**1640**

# ÍNDICE

[ELENCO](#) - [ACTO I](#) - [ACTO II](#) -  
[ACTO III](#)

# ELENCO

## EL PRÍNCIPE CONSTANTE

*PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA*

DON  
FERNANDO.  
DON ENRIQUE.  
DON JUAN.  
REY MORO.

MULEY, rey de  
Fez.  
FÉNIX.  
ROSA.  
ZARA.

[ESTRELLA.]  
TARUDANTE.  
DON  
ALFONSO.

SOLDADOS.  
[CAUTIVOS.]  
[MOROS.]

# ACTO I

SALEN DOS CAUTIVOS, CANTANDO LO QUE QUISIEREN, Y ZARA.

ZARA: Cantad aquí, que ha gustado  
mientras toma de vestir  
Fénix hermosa, de oír  
las canciones que ha escuchado,  
tal vez en los baños, llenas  
de dolor y sentimiento.

CAUTIVO 1.º: Música cuyo instrumento  
son los hierros y cadenas  
que nos aprisionan, ¿puede  
haberla alegrado?

ZARA: Sí;  
ella escucha desde aquí:  
cantad.

CAUTIVO 1.º: Esa pena excede,  
Zara hermosa, cuantas son,  
pues solo un rudo animal

sin discurso racional  
canta alegre en la prisión.

ZARA:                   ¿No cantáis vosotros?

CAUTIVO 2.º:        Es para divertir las penas  
propias, mas no las ajenas.

ZARA:                   Ella escucha, cantad pues.

(CANTAN.)

CAUTIVO 2.º:        Al peso de los años  
lo eminente se rinde,  
que a lo fácil del tiempo  
no hay conquista difícil.

(SALE ROSA.)

ROSA:                 Despejad cautivos, dad  
a vuestras canciones fin,  
porque sale a este jardín  
Fénix, a dar vanidad  
al campo con su hermosura,  
segunda aurora del prado.

(SALEN LAS MORAS VISTIENDO A FÉNIX.)

FÉNIX:                Hermosa te has levantado.

ZARA:                 No blasone el alba pura  
que la debe ese jardín  
la luz y fragancia hermosa,

ni la púrpura la rosa,  
ni la blancura el jazmín.

FÉNIX: El espejo.

ESTRELLA: Es excusado  
querer consultar con él  
los borrones que el pincel  
sobre la tez ha dejado.

(DANLE UN ESPEJO.)

FÉNIX: ¿De qué sirve la hermosura,  
cuando lo fuese la mía,  
si me falta la alegría,  
si me falta la ventura?

ZARA: ¿Qué tienes?

FÉNIX: Si yo supiera,  
¡ay Celima!, lo que siento,  
de mi mismo sentimiento  
lisonja al dolor hiciera.  
Pero de la pena mía  
no sé la naturaleza,  
que entonces fuera tristeza  
lo que hoy es melancolía.  
Solo sé que sé sentir:  
lo que sé sentir no sé,  
que ilusión del alma fue.

ZARA:

Pues puédente divertir  
tu tristeza estos jardines,  
cual la primavera hermosa  
labra en estatuas de rosa  
sobre templos de jazmines,  
hace, tal mar, un barco sea  
dorado carro del sol.

ROSA:  
Y cuando tanto arrebol  
errar por sus ondas vea,  
con grande melancolía,  
el jardín al mar dirá:  
«Ya el sol en su centro está;  
muy breve ha sido este día».

FÉNIX:  
Pues no me puedo alegrar,  
formando sombras y lejos,  
la emulación que en reflejos  
tienen la tierra y el mar  
cuando con grandezas sumas  
compiten entre esplendores  
las espumas a las flores,  
las flores a las espumas.  
Porque el jardín envidioso  
de ver las ondas del mar,  
su curso quiere imitar,  
y así el céfiro amoroso  
matices rinde, y olores,  
que soplando en él las bebe;  
hacen las hojas que mueve  
un océano de flores.

FÉNIX:



que enviar a la conquista  
de Ceuta, que ya prevengo  
de la vergüenza esta vez;  
licencia permite amar  
a quien se ha de coronar  
rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX:                    ¡Válgame Alá!

REY:                      ¿Qué rigor  
te suspende de esa suerte?

FÉNIX:                    [APARTE.]  
La sentencia de mi muerte.

REY:                      ¿Qué es lo que dices?

                              Señor,  
si sabes que siempre has sido  
mi dueño, mi padre y rey,  
¿qué he de decir?

FÉNIX:                    (APARTE.)  
¡Ay Muley!  
¡Grande ocasión has perdido!  
El silencio, ay infelice,  
hace mi humildad inmensa,  
miente el alma si lo piensa,  
miente la voz si lo dice.

REY:                      Toma el retrato.

[APARTE.]  
FÉNIX: Forzada,  
la mano le tomará,  
pero el alma no podrá.

(DISPARAN UNA PIEZA.)

ZARA: Esta salva es a la entrada  
de Muley, que hoy ha surgido  
del mar de Fez.

REY: Justa es.

(SALE MULEY, CON BASTÓN DE GENERAL.)

MULEY: Dame, gran señor, los pies.

REY: Muley, seas bienvenido.

MULEY: Quien penetra el arrebol  
de tan soberana esfera,  
y a quien en el puerto espera  
tal aurora, hija del sol,  
fuerza es que venga con bien:  
dame, señora, la mano;  
que este favor soberano  
puede mereceros quien  
con amor, lealtad y fe  
nuevos triunfos te previene  
y fue a serviros y viene  
tan amante como fue.  
[APARTE.]

¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?

FÉNIX: Tú Muley (¡estoy mortal!)  
vengas con bien.

MULEY: [APARTE.]  
No, con mal  
será si a mis ojos creo.

REY: En fin, Muley, ¿qué hay del mar?

MULEY: Hoy tu sufrimiento pruebas:  
de pesar te traigo nuevas,  
porque ya todo es pesar.

REY: Pues cuanto supieres di;  
que en un ánimo constante  
siempre se halla igual semblante  
para el bien y el mal. Aquí  
te sienta, Fénix.

FÉNIX: Sí haré.

REY: Todos os sentad. Prosigue  
y nada a callar te obligue.

MULEY: Ni hablar ni callar podré.  
Salí, como me mandaste,  
con dos galeazas solas,

gran señor, a recorrer  
de Barbería las costas.  
Fue tu intento que llegase  
a aquella ciudad famosa  
llamada en un tiempo Elisa,  
aquella que está a la boca  
del Preto Eurelio fundada,  
y de Ceydo y nombre toma,  
que 'Ceydo', 'Ceuta' en hebreo,  
vuelto el árabe idioma  
quiere decir 'hermosura';  
y ella es ciudad tan hermosa...;  
aquella, pues, que los cielos  
quitaron a tu corona,  
quizá por justos enojos  
del gran profeta Mahoma.

MULEY:

Y en oprobio de las armas  
nuestras, habemos agora  
que pendones portugueses  
en sus torres se enarbolan,  
tenidos siempre a los ojos  
un padrastro que baldona  
nuestros aplausos, un freno  
que nuestro orgullo reposa,  
un Cáucaso que detiene  
al Nilo de tus vitorias  
la corriente y, puesta en medio,  
el paso a España le estorba.

MULEY:

Iba con órdenes, pues,  
de mirar y inquirir todas

sus fuerzas para decirte  
la disposición y forma  
que hoy tiene, y cómo podrás  
a menos peligro y costa  
emprender la guerra, el cielo  
te conceda la vitoria  
con esta restitución,  
aunque la dilate agora  
mayor desdicha; pues creo  
que está su empresa dudosa  
y con más necesidad  
te está apellidando otra;  
pues las armas prevenidas  
para la gran Ceuta, importa  
que sobre Tánger acudan  
porque amenazada llora  
de igual pena, igual desdicha,  
igual ruina, igual congoja;

MULEY:

y lo sé porque en el mar  
una mañana (a la hora  
que, medio dormido el sol,  
atropellando las sombras  
del ocaso, desmaraña  
sobre jazmines y rosas  
rubios cabellos que enjuga  
con paños de oro a la aurora  
lágrimas de fuego y nieve,  
que el sol convirtió en aljófara)  
que a largo trecho del agua  
venía una gruesa tropa  
de naves, si bien entonces  
no pudo la vista absorta  
determinarse a decir

si eran naos o si eran rocas;

MULEY: porque como en las raíces  
sutiles pinceles logran  
vanos visos, vanos lejos,  
que en prespetiva dudosa  
parecen montes, tal vez,  
y tal ciudades famosas,  
porque la distancia siempre  
monstruos imposibles forma,  
así en países azules  
hicieron luces y sombras,  
confundiendo mar y cielo  
con las nubes y las ondas:  
mil engaños a la vista  
pues ella, entonces curiosa,  
solo apercibió los bultos  
y no distinguió las formas.

MULEY:

Primero nos pareció,  
viendo que sus puntas tocan  
con el cielo, que eran nubes  
de las que a la mar se arrojan  
a concebir en zafir  
lluvias que el cristal aborta;  
y fue bien pensado, pues  
esta innumerable copia  
pareció que pretendía  
sorberse el mar gota a gota.  
Luego de marinos monstruos  
nos pareció errante copia  
que a acompañar a Neptuno

salían de sus alcobas;  
pues sacudiendo las velas,  
que son del viento lisonja,  
pensamos que sacudían  
las alas sobre las olas.

MULEY:

Ya, parecía más cerca  
una inmensa Babilonia  
de quien los pensiles fueron  
flámulas que el viento azotan.  
Aquí, ya desengañada  
la vista, mejor se informa  
de que era armada, pues vio  
a los surcos de las proas,  
cuando batidas espumas  
ya se encrespan, ya se entorchan,  
rizarse montes de plata,  
de cristal cuajarse rocas.  
Yo que vi tanto enemigo  
volví a su rigor la proa;  
que también saber huir  
es linaje de vitoria.

MULEY:

Y así, como más experto  
en estos mares, la boca  
tomé de una cala, a donde  
al abrigo y a la sombra  
de dos montecillos pude  
resistir la poderosa  
furia de tan gran poder  
que mar, cielo y tierra asombra.  
Pasan sin vernos, y yo

deseoso, quién lo ignora,  
de saber dónde seguía  
esta armada su derrota,  
a la campaña del mar  
salí otra vez, donde logra  
el cielo mis esperanzas,  
en esta ocasión, dichosas;  
pues vi que de aquella armada  
se había quedado sola  
una nave, y que en el mar,  
mal defendida, zozobra;

MULEY:

porque, según después supe,  
de una tormenta que todas  
corrieron, había salido  
deshecha, tendida y rota:  
y así, llena de agua estaba,  
sin que bastasen las bombas  
a agostalla, y titubeando  
ya a aquella parte, ya a estotra,  
estaba a cada vaivén  
si se ahoga o no se ahoga.  
Llegué a ella y, aunque moro,  
les di alivio en sus congojas;  
que el tener en las desdichas  
compañía, de tal forma  
consuela, que el enemigo  
suele servir de lisonja;  
el deseo de vivir,  
tanto a alguno le provoca  
que, haciendo animoso escalas  
de gúmenas y maromas,  
a la prisión se vinieron;  
si bien otros les baldonan

diciéndoles que el vivir  
eterno es vivir con honra,  
y aun así se resistieron:  
¡portuguesa vanagloria!

MULEY:

De los que salieron, uno  
muy por extenso me informa:  
dice, pues, que aquella armada  
ha salido de Lisboa  
para Tánger, y que viene  
a sitiarla con heroica  
determinación que veas,  
en sus almenas famosas,  
las quinas que ves en Ceuta  
cada vez que el sol se asoma.  
Duarte de Portugal,  
cuya fama vencedora  
ha de volar con las plumas  
de las águilas de Roma,  
envía a sus dos hermanos,  
Enrique y Fernando, gloria  
deste siglo que los mira  
coronados de vitorias.

MULEY:

Maestre de Cristo, Avis  
son; los dos pechos adornan  
cruces de perfiles blancos,  
una verde y otra roja.  
Catorce mil portugueses  
son, gran señor, los que cobran  
sus sueldos, sin los que vienen  
sirviéndolos a su costa.

Mil son los fuertes caballos  
que la soberbia española  
los vistió para ser tigres,  
los calzó para ser onzas.  
Ya a Tánger habrán llegado,  
y esta, señor, es la hora  
que si su arena no pisan,  
al menos sus mares cortan.

MULEY:

Salgamos a defenderla:  
tú mismo las armas toma;  
baje en tu valiente brazo  
el azote de Mahoma,  
y del libro de la muerte  
desate la mejor hoja;  
que quizá se cumple hoy  
una profecía heroica  
de morabitos que dicen  
que, en la margen arenosa  
de África, ha de tener  
la portuguesa corona  
sepulcro infeliz; y vean  
que aquesta cuchilla corva  
campañas verdes y azules  
bebió con su sangre roja.

REY:

Calla, no me digas más,  
que, de mortal furia lleno,  
cada voz es un veneno  
con la muerte que me das.  
Mas, sus bríos arrogantes  
haré que en África tengan

sepulcros, aunque armados vengan  
sus maestros los Infantes.  
Tú, Muley, con los jinetes  
de la costa parte luego  
mientras yo en tu amparo llevo;  
que si, como me prometes,  
en escaramuzas diestro  
le ocupas pues que tan presto  
no tomen tierra, y en esto  
la sangre heredada muestras,  
yo tan veloz llegaré  
como tú con lo restante  
del ejército arrogante  
que en ese campo se ve  
porque la sangre concluya  
tantos duelos en un día;  
porque Ceuta ha de ser mía  
y Tánger no ha de ser suya.  
(VASE.)

MULEY:

Aunque de paso, no quiero  
dejar, Fénix, de decir,  
ya que tengo de morir,  
la enfermedad de que muero;  
que aunque pierdan mis recelos  
el respeto a tu opinión,  
si celos mis penas son  
ninguno es cortés con celos.  
¿Qué retrato, ¡ay enemiga!,  
en tu mano blanca vi?  
¿Quién es el dichoso, di?  
¿Quién más espera? No diga  
tu lengua tales agravios;  
basta, sin saber quién sea,

que yo en tu mano le vea  
sin que le escuche en tus labios.

FÉNIX: Muley, aunque mi deseo  
licencia de amar te dio,  
de ofender y injuriar no.

MULEY: Es verdad, Fénix; ya veo  
que no es estilo ni modo  
de hablarte, pero los cielos  
saben que en habiendo celos  
se pierde el respeto a todo.  
Con grande recato y miedo  
te serví, quise y amé;  
mas si con amor callé,  
con celos, Fénix, no puedo,  
no puedo...

FÉNIX: No ha merecido  
tu culpa satisfacción,  
pero yo por mi opinión  
satisfacerme he querido;  
que un agravio entre los dos  
disculpa tiene; y así  
te la doy...

MULEY: ¿Pues hayla?

FÉNIX: Sí.

MULEY:

Buenas nuevas te dé Dios.

FÉNIX: Este retrato ha enviado...

MULEY: ¿Quién?

FÉNIX: Tarudante, el infante.

MULEY: ¿Para qué?

FÉNIX: Porque, ignorante  
mi padre de mi cuidado...

MULEY: Bien.

FÉNIX: ...pretende que estos dos  
reinos...

MULEY: No me digas más.  
¿Esa disculpa me das?  
Malas nuevas te dé Dios.

FÉNIX: Pues, ¡qué culpa habré tenido  
de que mi padre lo trate!

MULEY: De haber hoy, aunque te mate,  
el retrato recibido.

FÉNIX:                   ¿Pude excusarlo?

MULEY:                   ¿Pues no?

FÉNIX:                   ¿Cómo?

MULEY:                   Otra cosa fingir.

FÉNIX:                   Pues, ¿qué pude hacer?

MULEY:                   Morir;  
que por ti lo hiciera yo.

FÉNIX:                   Fue fuerza.

MULEY:                   Más fue mudanza.

FÉNIX:                   Fue violencia.

MULEY:                   No hay violencia.

FÉNIX:                   Pues, ¿qué pudo ser?

MULEY:                   Mi ausencia,  
sepulcro de mi esperanza;  
y para no asegurarme  
de que te puedes mudar:

ya yo me vuelvo a ausentar;  
vuelve, Fénix, a matarme.

FÉNIX: Forzosa es la ausencia; parte...

MULEY: Ya lo está el alma primero.

FÉNIX: ...a Tánger, que en Fez te espero  
donde acabes de quejarte.

MULEY: Sí haré si el mal dilato.

FÉNIX: Adiós, que es fuerza el partir.

MULEY: ¡Oye!, ¿al fin me dejas ir  
sin entregarme el retrato?

FÉNIX: Por el Rey no lo he deshecho.

MULEY: Suelta, que no será en vano  
que saque yo de tu mano  
a quien me saca del pecho.  
(VANSE.)

(TOCAN UN CLARÍN Y RUIDO DE DESEMBARCAR, Y VAN SALIENDO EL INFANTE DON  
FERNANDO Y DON ENRIQUE Y DON JUAN COUTIÑO.)

DON

FERNANDO: Yo he de ser el primero, África bella,  
que he de pisar tu margen arenosa

porque, oprimida al peso de mi huella,  
sientas en tu cerviz la poderosa  
fuerza que ha de rendirte.

Yo en el suelo  
DON ENRIQUE: africano la planta generosa  
el segundo pondré. (CAE.) ¡Válgame el cielo!  
¡Hasta aquí los agüeros me han seguido!

Pierde, Enrique, a esas cosas el recelo;  
DON FERNANDO: porque, el caer agora, antes ha sido  
que ya, como señor, la misma tierra  
los brazos en albricias te ha pedido.

DON ENRIQUE: Desierta esta campaña y esta sierra  
los alarbes al vernos han dejado.

DON JUAN: ¡Tánger las puertas de sus muros cierra!

¡Todos se han retirado a su sagrado!  
DON FERNANDO: Don Juan Coutiño, conde de Miralva,  
reconoced la tierra con cuidado  
antes que el sol, reconociendo el alba,  
con más furia nos hiera y nos ofenda.  
Haced a la ciudad la primer salva;  
decid que defenderse no pretenda  
porque la he de ganar a sangre y fuego,  
que el campo inunde, el edificio encienda.

DON JUAN: Tú verás que a sus mismas puertas llego,  
aunque volcán de llamas y de rayos

deje al sol con pardas nubes ciego.  
(VASE.)

(SALE EL GRACIOSO BRITO DE SOLDADO.)

BRITO: Gracias a Dios que abrilés piso, y mayos,  
y en la tierra me voy por donde quiero,  
sin sustos, sin vaivenes ni desmayos;  
y no en el mar, adonde si primero  
no se consulta un monstruo de madera  
que es juez de palo, en fin, el más ligero  
no se puede escapar de una carrera  
en el mayor peligro. ¡Ha tierra mía!  
No muera en agua yo, como no muera  
tampoco en tierra hasta el postrero día.

DON ENRIQUE: ¿Que escuches este loco?

DON  
FERNANDO: ¡Y que tu pena,  
sin razón, sin arbitrio y sin consuelo,  
tanto de ti te priva y te divierte!

DON ENRIQUE: El alma traigo de temores llena;  
echada juzgo contra mí la suerte  
desde que de Lisboa a salir solo  
imágenes he visto de la muerte;  
apenas pues al berberisco polo  
prevenimos los dos esta jornada  
cuando, de un parasismo, el mismo Apolo  
amortajando en nubes, la adorada  
faz escondió, y el mar ceñudo y fiero  
deshizo con tormentos nuestra armada:

si miro al mar, mil sombras considero;  
si al cielo miro, sangre me parece  
su velo azul; si al aire lisonjero,  
aves noturnas son las que me ofrecen;  
si a la tierra, sepulcros representa  
donde mísero yo caigo y tropiece.

DON

FERNANDO:

Pues disfrazarte aquí mi amor intenta  
causa de un melancólico accidente:  
sorbernos una nave una tormenta  
es decir que sobra aquella gente  
para ganar la empresa a que venimos;  
verter púrpura el cielo transparente  
es gala, no es horror; que si fingimos  
monstruos al agua y pájaros al viento,  
nosotros hasta aquí nos los trujimos;  
pues si ellas aquí están, ¿no es argumento  
que a la tierra que habitan inhumanos,  
pronostican el fin fiero y sangriento?  
Esos agüeros viles, miedos vanos,  
para los moros bien en que los crean,  
no para que los duden los cristianos;  
nosotros dos lo somos: no se emplean  
nuestras armas aquí por vanagloria  
de que en los libros inmortales lean  
ojos humanos esta gran vitoria;  
la fe de Dios a engrandecer venimos:  
suyo será el honor, suya la gloria,  
si vivimos dichosos, pues morimos;  
el castigo de Dios justo es temerle:  
este no viene envuelto en medios vanos;  
a servirle venimos, no a ofenderle:  
cristianos somos, haced como cristianos.

Pero, ¿qué es esto?

(SALE DON JUAN.)

DON JUAN: Señor,  
yendo al muro a obedecerte,  
a la falda de ese monte  
vi una tropa de jinetes  
que de la parte de Fez  
corriendo a esta parte vienen  
tan veloces que, a la vista,  
aves no, brutos parecen;  
el viento no los sustenta,  
la tierra apenas lo siente,  
y así la tierra ni el aire  
sabe si corren o vuelan.

DON  
FERNANDO: Salgamos a recibillos  
haciendo primero frente  
los arcabuceros; luego  
los que caballos tuvieren  
salgan también a su usanza,  
con sus lanzas y arneses.  
¡Ea, Enrique! Buen principio  
esta ocasión nos ofrece.  
¡Ánimo!

DON ENRIQUE:

Tu hermano soy,  
no me espantan accidentes  
del tiempo ni me espantara  
el semblante de la muerte.  
(VANSE.)

BRITO: El cuartel de la salud  
me toca a mí guardar siempre.  
¡Oh qué brava escaramuza!  
Ya se embisten; ya acometen  
famoso juego de cañas:  
ponerme en cobro conviene.

(VASE; Y TOCAN AL ARMA. SALEN PELEANDO DE DOS EN DOS DON JUAN Y DON ENRIQUE.)

DON ENRIQUE: ¡A ellos! ¡Que ya los moros,  
vencidos, la espalda vuelven!

DON JUAN: Llenos de despojos quedan  
de caballos y de gentes  
estos campos.

DON ENRIQUE: Don Fernando,  
¿dónde está que no parece?

DON JUAN: Tanto se ha empeñado en ellos  
que ya de vista se pierde.

DON ENRIQUE: Pues a buscarle, Coutiño.

DON JUAN: Siempre a tu lado me tienes.  
(VANSE; Y SALEN DON FERNANDO, CON LA ESPADA DE  
MULEY, Y MULEY CON ADARGA.)

DON  
FERNANDO:

En la desierta campaña  
que tumba común parece  
de cuerpos muertos, si ya  
no es teatro de la muerte,  
solo tú, moro, has quedado  
porque rendida tu gente  
se retiró, y tu caballo,  
que mares de sangre vierte  
envuelto en polvo y espuma  
que él mismo levanta y pierde,  
te dejó para despojo  
de mi brazo altivo y fuerte  
entre los sueltos caballos  
de los vencidos jinetes.

DON  
FERNANDO:

Yo, ufano con tal vitoria;  
que me ilustra y desvanece  
más que el ver esa campaña  
coronada de claveles,  
pues es tanta la perdida  
sangre con que se guarnece  
que la piedad de los ojos  
fue tan grande, tan vehemente,  
de no ver siempre desdichas  
de no mirar ruinas siempre,  
que por el campo buscaban,  
entre lo rojo, lo verde.  
En efeto, mi valor,  
sujetando tus valientes  
bríos, de tantos perdidos  
un suelto caballo prende,  
tan monstruo que, siendo hijo  
del viento, adopción pretende

del fuego; y entre los dos  
le desdice y lo desmiente  
el color, pues siendo blanco  
dice el agua: «Parto es este  
de mi esfera; sola yo  
pude cuajarlo de nieve».

DON  
FERNANDO:

En fin, en lo veloz viento;  
rayo, en fin, en lo eminente,  
era por lo blanco cisne,  
por lo sangriento era sierpe,  
por lo hermoso era soberbio,  
por lo atrevido valiente,  
por los relinchos lozano  
y por las cernejas fuerte.  
En la silla y en las ancas,  
puestos los dos juntamente,  
mares de sangre rompimos  
por cuyas ondas crueles  
este bajel animado  
hecho proa de la frente,  
rompiendo el globo de nácar  
desde el codón al copete,  
pareció entre espuma y sangre,  
ya que bajel quise hacerle,  
de cuatro espuelas herido,  
que cuatro vientos le mueven.

DON  
FERNANDO:

Rindiose al fin, si hubo peso  
que tanto atlante siguiese,  
si bien el de las desdichas  
hasta los brutos lo sienten,

o ya fue que, enternecido,  
de su instinto dijese:  
«Triste camina el alarbe,  
y el español parte alegre,  
luego yo contra mi patria  
soy traidor y soy aleve».  
No quiero pasar de aquí:  
conviene pues triste vienes;  
tanto que, aun el corazón  
disimula cuanto puede,  
por la boca y por los ojos,  
volcanes que el pecho enciende,  
ardientes suspiros lanza  
y tiernas lágrimas vierte.

DON

FERNANDO:

Admirado mi valor  
de ver, cada vez que vuelve,  
que un golpe de la fortuna  
tanto le postre y sujete  
tu valor, pienso que es otra  
la causa que te entristece;  
porque por la libertad  
no era justo ni decente  
que tan tiernamente llore  
quien tan duramente hiere.  
Y así, si el comunicar  
los males alivio ofrecen  
al sentimiento, entretanto  
que llegamos a mi gente:  
mi deseo a tu cuidado,  
si tanto favor merece,  
con razones le pregunta  
comedidas y corteses:  
¿qué sientes, pues ya yo creo

que el venir preso no sientes?

DON  
FERNANDO:

Comunicado, el dolor  
se aplaca si no se vence;  
y yo que soy el que tuvo  
más parte en este accidente  
de la fortuna, también  
quiero serlo el que consuele  
de tus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.

MULEY:

Valiente eres español  
y cortés como valiente:  
también vences con la lengua  
como con la espada vences.  
Tuya fue la vida cuando  
con la espada entre mi gente  
me venciste; pero agora  
que con la lengua me prendes,  
es tuya el alma; porque  
alma y vida se confiesen  
tuyas, de ambas eres dueño,  
pues ya cruel, ya clemente,  
por el trato y por las armas  
me has cautivado dos veces.

MULEY:

Movido de la piedad  
de oírme, español, y verme,  
preguntado me has la causa  
de mis suspiros ardientes;  
y aunque confieso que el mal  
repetido y dicho suele

templarse, también confieso  
que quien le repite quiere  
aliviarse; y es mi mal  
tan dueño de mis placeres  
que, por no hacerles disgusto  
y que aliviado me deje,  
no quisiera repetirse;  
mas ya es fuerza obedecerte,  
y quiero te la decir  
por quien soy y por quien eres.

MULEY:

Sobrino del rey de Fez  
soy, mi nombre es Muley, jeque,  
familia que ilustran tantos  
bajaes y belerbeyes.  
Tan hijo fui de desdichas  
desde mi primer oriente  
que, en el umbral de la vida,  
nací en manos de la muerte;  
una desierta campaña,  
que fue sepulcro eminente  
de españoles, fue mi cuna,  
pues para que lo confieses:  
en los Gelves nací el año  
que os perdisteis en los Gelves.

MULEY:

A servir al Rey, mi tío,  
vine infante; pero empiecen  
las penas y las desdichas,  
cesen las venturas, cesen:  
vine a Fez y, una hermosura  
a quien he adorado siempre,

junto a mi casa vivía  
porque yo cerca muriese  
desde mis primeros años,  
porque más constante fuese  
este amor, más imposible  
de acabarse y de romperse.  
Ambos nos criamos juntos,  
y Amor en nuestras niñeces  
no fue rayo, pues hirió  
en lo humilde, tierno y débil  
con más fuerza que pudiera  
en lo augusto, altivo y fuerte;  
tanto que para mostrar  
sus fuerzas y sus poderes,  
rindió nuestros corazones  
con arpones diferentes.

MULEY:

Pero como la porfía  
con iguales piedras suele  
hacer señal, por la fuerza  
no sino cayendo siempre,  
así las lágrimas mías,  
porfiando eternamente,  
la piedra del corazón,  
más que los diamantes fuerte,  
labraron; y no con fuerza  
de méritos excelentes  
pero con mi mucho amor  
vino al fin a enternecerse.  
En este estado viví  
algún tiempo aunque fue breve,  
gozando en auras suaves

mil amorosos deleites.

MULEY: Ausenteme por mi mal:  
harto he dicho en 'ausenteme';  
pues en ausencia otro amante  
ha venido a darme muerte;  
él dichoso, yo infelice;  
él asistiendo, yo ausente,  
yo cautivo y libre él,  
me contrastara mi suerte  
cuando tú me cautivaste;  
mira si es bien me lamente.

DON  
FERNANDO: Valiente moro y galán,  
si adoras como refieres,  
si idolatras como dices,  
si amas como encareces,  
si celas como suspiras,  
si como recelas temes  
y si como sientes amas:  
dichosamente padeces.

DON  
FERNANDO: No quiero por tu rescate  
más precio de que le acetes:  
vuélvete y dile a tu dama  
que por su esclavo te ofrece  
un portugués caballero;  
y si obligada pretende  
pagarme el precio por ti:  
yo te doy lo que me debes;  
cobra la deuda en amor  
y logra tus intereses.

Y el caballo que rendido  
cayó en el suelo, parece  
con el ocio y el descanso  
que restituido vuelve;  
y porque sé qué es amor  
y qué es tardanza en ausentes,  
no te quiero detener:  
sube en tu caballo y vete.

MULEY: Nada mi voz te responde;  
que a quien liberal ofreces,  
solo acetar es lisonja.  
Dime, portugués, ¿quién eres?

DON  
FERNANDO: Un hombre noble y no más.

MULEY: Bien lo muestras, seas quien eres;  
para el bien y para el mal  
soy tu esclavo eternamente.

DON  
FERNANDO: Toma el caballo, que es tarde.

MULEY: Pues si a ti te lo parece,  
¿qué hará a quien vino cautivo,  
y libre a su dama vuelve?  
(VASE.)

DON  
FERNANDO: Generosa acción es dar;  
y más, la vida.

(DENTRO MULEY.)

MULEY:                ¡Valiente  
portugués!

DON  
FERNANDO:            Desde el caballo  
habla: ¿qué es lo que me quieres?

MULEY:                Espero que he de pagarte  
algún día tantos bienes...

DON  
FERNANDO:            Gózalos tú.

MULEY:                ...porque al fin  
hacer bien nunca se pierde.  
¡Alá te guarde, español!

                          Si Alá es Dios, con bien te lleve.  
(SUENA DENTRO RUIDO DE TROMPETAS Y CAJAS.)  
DON  
FERNANDO:            Mas, ¿qué trompeta es aquesta  
que el aire turba y la región molesta?  
Y por esta otra parte  
cajas se escuchan: música de Marte  
son las dos.

(SALE DON ENRIQUE.)

DON ENRIQUE:        ¡Oh, Fernando!,  
tu persona veloz vengo buscando.

DON  
FERNANDO:

Enrique, ¿qué hay de nuevo?

DON ENRIQUE: Aquellos ecos,  
ejércitos de Fez y de Marruecos  
son, porque Tarudante  
al rey de Fez socorre y, arrogante,  
el Rey con gente viene.  
En medio cada ejército nos tiene,  
de modo que, cercados,  
somos los sitiadores y sitiados;  
si la espalda volvemos  
al uno, mal del otro nos podemos  
defender; por una y otra parte  
nos deslumbran relámpagos de Marte,  
¿qué haremos, pues, de confusiones llenos?

DON  
FERNANDO: ¿Qué? Morir como buenos,  
con ánimos constantes.  
¿No somos dos maestros, dos infantes,  
cuando bastara ser dos portugueses  
particulares para no haber visto  
el miedo de la cara? Pues, «¡Avis y Cristo!»  
a voces repitamos  
y por la Fe muramos,  
pues a morir venimos.

(SALE DON JUAN.)

DON JUAN: Mala salida a tierra dispusimos.

DON  
FERNANDO: Ya no es tiempo de medios:  
a los brazos apelen los remedios,

que uno y otro ejército nos cierra  
en medio. ¡Avis y Cristo!

DON JUAN:            ¡Guerra, guerra!

                         Ya nos cogen en medio  
un ejército y otro sin remedio.  
¡Qué beliacá palabra!  
La llave eterna de los cielos abra  
un resquicio si quiera  
BRITO:                que de aqueste peligro salga a fuera.  
                         ¿Quién aquí se ha venido,  
sin qué ni para qué? Pero, fingido  
muerto estaré un instante;  
y muerto lo tendré para adelante.

(CÁESE EN EL SUELO, Y SALE UN MORO ACUCHILLANDO A ENRIQUE.)

MORO:                ¿Quién tanto se defiende,  
siendo mi brazo rayo que desciende  
desde la cuarta esfera?

DON ENRIQUE:      Pues aunque yo tropiece, caiga y muera  
en cuerpos de cristianos:  
no desmaya la fuerza de las manos;  
que ella de quién yo soy mejor avisa.

BRITO:                Cuerpo de Dios con él, ¡y qué bien pisa!

(PÍSANLE Y ÉNTRANSE; Y SALEN MULEY Y DON JUAN COUTIÑO, RIÑENDO.)

MULEY:                Ver, portugués valiente,  
en ti fuerza tan grande, no lo siente

mi valor; pues quisiera  
daros hoy la vitoria.

DON JUAN:            ¡Pena fiera!  
Sin tiento y sin aviso  
son cuerpos de cristianos cuantos piso.

BRITO:                Yo se lo perdonara,  
a trueco, mi señor, que no pisara.

(VANSE LOS DOS, Y SALEN POR LA OTRA PUERTA DON ENRIQUE Y DON JUAN,  
RETIRÁNDOSE DE LOS MOROS, Y LUEGO EL REY Y DON FERNANDO.)

REY:                  Rinde la espada, altivo  
portugués; que si logro el verte vivo  
en mi poder prometo  
ser tu amigo. ¿Quién eres?

DON  
FERNANDO:          Un caballero soy; saber no esperes  
más de mí: dame la muerte.

(SALE DON JUAN Y PÓNESE A SU LADO.)

DON JUAN:            Primero, gran señor, mi pecho fuerte  
que es muro de diamante,  
tu vida guardará, puesto delante.  
¡Ea, Fernando mío!  
Muéstrese agora el heredado brío.

REY:                  Si esto escucho, ¿qué espero?  
Suspéndanse las armas, que no quiero  
hoy más felice gloria:

que este preso me basta por vitoria.  
Si tu prisión o muerte  
con tal sentencia decretó la suerte:  
dé la espada Fernando  
al rey de Fez.

MULEY:                   ¿Qué es lo que estoy mirando?

DON  
FERNANDO:               Solo a un rey la rindiera,  
que desesperación negarla fuera.

(SALE DON ENRIQUE.)

DON ENRIQUE:        ¡Preso mi hermano!

DON  
FERNANDO:                Enrique,  
tu voz más sentimiento no publique;  
que, en la suerte importuna,  
estos son los sucesos de fortuna.

REY:  
  
          Enrique, don Fernando  
          está hoy en mi poder; y aunque mostrando  
          la ventaja que tengo  
          pudiera daros muerte, yo no vengo  
          hoy más que a defenderme;  
          que vuestra sangre me viniera a hacerme  
          honras tan conocidas  
          como podrán hacerme en vuestras vidas;  
          y para que el rescate  
          con más puntualidad al Rey se trate,  
          vuelve tú, que Fernando  
          en mi poder se quedará aguardando

que vengas a libralle;  
pero dile a Duarte que en llevalle  
será su intento vano,  
si a Ceuta no me entrega por su mano.  
Y agora Vuestra Alteza,  
a quien debo esta honra, esta grandeza,  
a Fez venga conmigo.

DON  
FERNANDO: Iré a la esfera cuyo rayo sigo.

MULEY: [APARTE.]  
Porque yo tenga, icielos!,  
más que sentir entre amistad y celos.

DON  
FERNANDO: Enrique, preso quedo:  
ni al mal ni a la fortuna tengo miedo.  
Dirasle a nuestro hermano  
que haga aquí como príncipe cristiano  
en la desdicha mía.

DON ENRIQUE: Pues, ¿quién de sus grandezas desconfía?

DON  
FERNANDO: Esto te encargo y digo:  
que haga como cristiano.

DON ENRIQUE: Yo me obligo  
a volver como tal.

DON  
FERNANDO: ¡Dame esos brazos!

DON ENRIQUE: Tú eres el preso, ¿y pónesme a mí lazos?

DON  
FERNANDO: Don Juan, adiós.

DON JUAN: Yo he de quedar contigo:  
de mí no te despidas.

DON  
FERNANDO: ¡Leal amigo!

DON ENRIQUE: ¡Oh, infelice jornada!

DON  
FERNANDO: Dile al Rey... Mas no le digas nada,  
si con gran silencio el miedo vano  
estas lágrimas lleva al Rey, mi hermano.

(VANSE; Y SALEN DOS MOROS, Y VEN A BRITO COMO MUERTO.)

MORO 1º: Cristiano muerto es este.

MORO 2º: Porque no causen peste,  
echad al mar los muertos.

BRITO: ¡En dejándoos los cascos bien abiertos  
a tajos y a reveses!  
Que, ainda mortos, somos portugueses.

## ACTO II

SALE FÉNIX.

FÉNIX:

Zara, Rosa, Estrella, ¿no  
hay quien me responda?

(SALE MULEY.)

MULEY:

Sí, que tú eres sol para mí  
y para ti sombra yo,  
y la sombra al sol siguió;  
el eco dulce escuché  
de tu voz, y apresuré  
por esta montaña el paso:  
¿qué sientes?

FÉNIX:

Oye, si a caso  
puedo decir lo que fue:  
lisonjera, libre, ingrata,  
dulce, suave, una fuente  
hizo apacible corriente  
de cristal y undosa plata;  
lisonjera se desata  
porque hablaba y no sentía;  
süave porque fingía,

dulce porque murmuraba,  
ingrata porque corría.  
Aquí cansada llegué  
después de seguir ligera  
en ese monte una fiera;  
en cuya frescura hallé  
ocio y descanso, porque  
de un montecillo a la espalda,  
de quien corona y guirnalda  
fueron clavel y jazmín,  
sobre un catre de carmín  
hice un foso de esmeralda.

FÉNIX:

Apenas en él rendí  
el alma al susurro blando  
de las soledades, cuando  
ruido en las hojas sentí;  
atenta me puse y vi  
una caduca africana,  
espíritu en forma humana,  
ceño arrugado y esquivo,  
que era un esqueleto vivo  
de lo que fue sombra vana,  
cuya rústica fiereza,  
cuyo aspecto esquivo y bronco  
fue escultura hecha de un tronco  
sin pulirse la corteza.  
Con melancolía y tristeza,  
pasiones siempre infelices  
para que te atemorices,  
una mano me tomó;  
y entonces ser tronco yo

afirmé por las raíces.

FÉNIX:

Hielo introdujo en mis venas  
el contrato; horror las voces  
que, discurriendo veloces  
de mortal veneno llenas,  
articuladas apenas,  
esto les pude entender:  
«¡Ay infelice mujer!  
¡Ay forzosa desventura!  
Que, en efeto, esta hermosura  
precio de un muerto ha de ser».  
Dijo; y yo tan triste vivo  
que diré mejor que muero:  
pues por instantes espero  
de aquel tronco fugitivo  
cumplimiento tan esquivo,  
de aquel oráculo yerto  
el presagio y fin tan cierto  
que mi vida ha de tener.

FÉNIX:

¡Ay de mí! ¡Que hoy he de ser  
precio vil de un hombre muerto!

(VASE.)

MULEY:

Fácil es de descifrar  
ese sueño, esa ilusión,  
pues las imágenes son  
de mi pena singular.  
A Tarudante has de dar  
la mano de esposa, pero  
yo, que en pensarlo me muero,

estorbaré mi rigor;  
que él no ha de gozar tu amor  
si no me mata primero.  
Perderte yo, podrá ser,  
mas no perderte y vivir;  
luego si es fuerza el morir  
antes que lo llegue a ver:  
precio mi vida ha de ser  
con que he de comprarte, ¡ay cielos!,  
y tú en tantos desconsuelos  
precio de un muerto serás,  
pues que morir me verás  
de amor, de envidia y de celos.

(SALEN TRES CAUTIVOS Y EL INFANTE DON FERNANDO.)

CAUTIVO 1.º:

Desde aquel jardín te vimos  
andar a caza, Fernando,  
y todos juntos venimos  
a arrojarnos a tus pies.

CAUTIVO 2.º:

Solamente este consuelo  
aquí nos ofrece el cielo.

CAUTIVO 3º:

Piedad como suya es.

DON FERNANDO:

Amigos, dadme los brazos;  
y sabe Dios si con ellos,  
quisiera de vuestros cuellos  
romper los ñudos y lazos  
que os aprisionan; que a fe  
que os darían libertad

antes que a mí. Mas pensad  
que favor del cielo fue  
esta piadosa sentencia:  
él mejorará la suerte,  
que a la desdicha más fuerte  
sabe vencer la prudencia.  
Sufrid con ella el rigor  
del tiempo y de la fortuna,  
deidad bárbara importuna;  
hoy cadáver y ayer flor;  
no permanece jamás,  
y así os mudará de estado,  
¡ay Dios!, que al necesitado  
darle consejo no más  
no es prudencia y, en verdad,  
que aunque quiera regalaros  
no tengo esta vez qué daros:  
mis amigos, perdonad.

DON FERNANDO:

Ya de Portugal espero  
socorro; presto vendrá:  
vuestra mi hacienda será;  
para vosotros la quiero.  
Si me vienen a sacar  
del cautiverio, ya digo  
que todos iréis conmigo.  
Id con Dios a trabajar;  
no disgustéis vuestros dueños.

CAUTIVO 1.º:

Tu vista  
hace nuestra esclavitud  
dichosa.

CAUTIVO 2.º:

Siglos pequeños  
son los del fénix, señor,  
para que vivas.

(VANSE.)

DON FERNANDO:

El alma  
queda en lastimosa calma  
viendo que os vais sin favor  
de mis manos.

MULEY:

Aquí estoy  
viendo la llaneza y amor  
con que la desdicha fiera  
de esos cautivos tratáis.

DON FERNANDO:

Duélome de su fortuna,  
en su desdicha importuna,  
que a esos esclavos miráis:  
aprendo a ser infelice  
y algún día podrá ser  
que los haya menester.

MULEY:

¿Eso Vuestra Alteza dice?

DON FERNANDO:

Naciendo infante, he llegado  
a ser esclavo; y así,  
temo venir desde aquí  
a más miserable estado;  
que si ya en aqueste vivo,  
mucho más distancia tray

de infante a cautivo que hay  
de cautivo a más cautivo.  
Un día llama a otro día,  
y así llama y encadena,  
llanto a llanto, pena a pena.

MULEY:

No fuera mayor la mía;  
que Vuestra Alteza mañana,  
aunque hoy cautivo está,  
a su patria volverá.  
Pero mi esperanza es vana,  
pues no puede alguna vez  
mejorarse mi fortuna,  
mudable más que la luna.

DON FERNANDO:

Cortesano soy de Fez,  
y nunca de los amores  
que me contaste te oí  
novedad.

MULEY:

Fueron en mí  
recatados los favores;  
el dueño juré encubrir  
pero, a la amistad atento,  
sin quebrar el juramento  
te lo tengo de decir.  
Tan solo mi mal ha sido,  
como solo mi dolor,  
porque el fénix y mi amor  
sin semejante han nacido.  
En ver, oír y callar,  
Fénix es mi pensamiento;

Fénix es mi sufrimiento  
en temer, sentir y amar;  
Fénix mi desconfianza  
en llorar y en padecer;  
en merecerla y temer  
aun es Fénix mi esperanza.  
Fénix mi amor y cuidado;  
y pues que Fénix te digo,  
como amante y como amigo,  
ya lo he dicho y lo he callado.  
(VASE.)

DON FERNANDO:

Cuerdamente declaró  
el dueño amante y cortés:  
si Fénix su pena es,  
no he de competirla yo;  
que la mía es común pena;  
no me doy por entendido,  
que muchos la han padecido  
y vive de enojos llena.

(SALE EL REY.)

REY:

Por la falda deste monte  
vengo siguiendo a Tu Alteza  
porque, antes que el sol se esconda  
entre corales y perlas,  
te diviertas en la lucha  
de un tigre que agora cercan  
mis cazadores.

DON FERNANDO:

Señor,  
gustos por puntos me inventas

para agradarme. Si así  
a tus esclavos festejas,  
no echarán menos la patria.

REY:

Cautivos de tales prendas  
que honran al dueño, es razón  
servirlos desta manera.

(SALE DON JUAN.)

DON JUAN:

Sal, gran señor, a la orilla  
del mar y verás en ella  
el más hermoso animal  
que añadió naturaleza  
al artificio; porque  
una cristiana galera  
llega al puerto, tan hermosa,  
aunque toda obscura y negra,  
que al verla se duda cómo  
es alegre su tristeza;  
las armas de Portugal  
vienen por remate della  
que, como tienen cautivo  
a su infante, tristes señas  
visten por su esclavitud;  
y a darte libertad llegan,  
diciendo su sentimiento.

DON FERNANDO:

Don Juan, amigo, no es esa  
de su luto la razón,  
que si a librarme vinieran,  
en fe de su libertad  
fueran alegres las muestras.

(SALE DON ENRIQUE, DE LUTO, CON UN PLIEGO.)

DON ENRIQUE:

Dame, gran señor, los brazos.

REY:

Con bien venga Vuestra Alteza.

DON FERNANDO:

¡Ay, don Juan, cierta es mi muerte!

REY:

¡Ay, Muley, mi dicha es cierta!

DON ENRIQUE:

Ya que de vuestra salud  
me informa vuestra presencia:  
para abrazar a mi hermano  
me dad, gran señor, licencia:  
¡ay, Fernando!

DON FERNANDO:

Enrique mío,  
¿qué traje es ese? Mas cesa:  
harto me han dicho tus ojos,  
nada me diga tu lengua.  
No llores, que si es decirme  
que es mi esclavitud eterna,  
eso es lo que más deseo:  
albricias pedir pudieras  
y, en vez de dolor y luto,  
vestir galas y hacer fiestas.  
¿Cómo está el Rey, mi señor?  
Porque como él salud tenga,  
nada siento. ¿Aún no respondes?

DON ENRIQUE:

Si repetidas las penas  
se sienten dos veces, quiero  
que sola una vez las sientas:  
tú escuchame, gran señor,  
que aunque una montaña sea  
rústico palacio, aquí  
te pido me des audiencia,  
a un preso la libertad  
y a todos juntos las nuevas.  
Rota y deshecha la armada,  
que fue con vana soberbia  
pesadumbre de las ondas,  
dejando en África presa  
la persona del Infante,  
a Lisboa di la vuelta.  
Desde el punto que Duarte  
oyó tan trágicas nuevas,  
de una tristeza cubrió  
el corazón de manera  
que, pasando a ser letargo  
la melancolía primera,  
desmintió, muriendo, a cuantos  
dicen que no matan penas:  
murió el Rey, que esté en el cielo.

DON FERNANDO:

¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta  
mi prisión?

REY:

De su desdicha  
sabe Dios lo que me pesa.  
Prosigue.

DON ENRIQUE:

En su testamento  
el Rey, mi señor, ordena  
que luego por la persona  
del Infante se dé a Ceuta;  
y así yo con los poderes  
de Alfonso, que es quien le hereda,  
porque solo este lucero  
suplira del sol la ausencia,  
vengo a entregar la ciudad,  
y así...

DON FERNANDO:

No prosigas, cesa,  
cesa, Enrique, porque son  
palabras indignas esas,  
no de un portugués infante,  
de un maestro que profesa  
de Cristo la religión.  
Pero aun de un hombre lo fueran  
vil, de un bárbaro sin luz  
de la fe de Cristo eterna.  
Mi hermano, que está en el cielo,  
si en su testamento deja  
esa cláusula, no es  
para que se cumpla y lea,  
sino para mostrar solo  
que mi libertad desea  
y esa se busque por otros  
medios y otras conveniencias  
o apacibles o crueles;  
porque decir «dese a Ceuta»  
es decir «hasta esto haced  
prodigiosas diligencias».

DON FERNANDO:

Que a un rey católico y justo,  
¿cómo fuera, cómo fuera  
posible entregar a un moro  
una ciudad que le cuesta  
su sangre, pues fue el primero  
que con sola una rodela  
y una espada enarboló  
las quinas de sus almenas?  
Y esto es lo que importa menos:  
una ciudad que confiesa  
católicamente a Dios,  
la que ha merecido iglesias  
consagradas a sus cultos  
con amor y reverencia,

DON FERNANDO:

¿fuera católica acción,  
fuera religión expresa,  
fuera cristiana piedad,  
fuera hazaña portuguesa  
que los templos soberanos,  
atlantes de las esferas,  
en vez de doradas luces  
a donde el sol reverbera,  
vieran otomanas luces,  
y que sus lunas opuestas  
en la Iglesia estos eclipses  
ejecutasen tragedias?  
¿Fuera bien que sus capillas  
a ser establos vinieran,  
sus altares a pesebres  
y, cuando aqueso no fuera,  
volvieran a ser mezquitas?

DON FERNANDO:

Aquí enmudece la lengua,  
aquí me falta el aliento,  
aquí me ahoga la pena;  
porque en pensarlo no más  
el corazón se me quiebra,  
el cabello se me eriza  
y todo el cuerpo me tiembla.  
Porque establos y pesebres  
no fuera la vez primera  
que hayan hospedado a Dios;  
pero en ser mezquitas, fueran  
un epitafio, un padrón  
de nuestra inmortal afrenta  
diciendo: «Aquí tuvo Dios  
posada y hoy se la niegan  
los cristianos para dalla  
al demonio».

DON FERNANDO:

Aún no se cuenta,  
acá moralmente hablando,  
que nadie en casa se atreva  
de otro a ofenderle: ¿era justo  
que entrara en su casa misma,  
a ofender a Dios, el vicio  
y que acompañado fuera  
de nosotros, y nosotros  
le guardáramos la puerta  
y, para dejarle dentro,  
a Dios echásemos fuera?  
Los católicos que habitan  
con sus familias y haciendas,  
hoy quizá prevaricaran  
en la Fe por no perderlas:

¿fuera bien ocasionar  
nosotros la contingencia  
de este pecado? Los niños  
que tiernos se crían en ella,

DON FERNANDO:

¿fuera bueno que los moros  
los cristianos inducieran  
a sus costumbres y ritos  
para vivir en su seta  
en mísero cautiverio?  
¿Fuera bueno que murieran  
hoy tantas vidas por una  
que no importa que se pierda?  
¿Quién soy yo? ¿Soy más que un hombre?  
Si es número que acrecienta  
el ser infante, ya soy  
un cautivo; de nobleza  
no es capaz el que es esclavo:  
yo lo soy, luego ya yerra  
el que 'infante' me llamare;  
si no lo soy, ¿quién ordena  
que la vida de un esclavo  
en tanto precio se venda?

DON FERNANDO:

Morir es perder el ser:  
yo le perdí en una guerra;  
perdí el ser, luego morí;  
morí, luego ya no es cuerda  
hazaña que por un muerto  
hoy tantos vivos perezcan;  
y así, estos vanos poderes  
hoy divididos en piezas

serán átomos del sol,  
serán del fuego centellas...  
Mas no, yo los comeré,  
porque aun no quede una letra  
que informe al mundo que tuvo  
la lusitana nobleza  
este intento. Rey, yo soy  
tu esclavo: dispón, ordena  
de mi libertad; no quiero  
ni es posible que la tenga.

DON FERNANDO:

Enrique, vuelve a tu patria:  
di que en África me dejás  
enterrado, que mi vida  
yo haré que muerte parezca.  
Cristianos, Fernando es muerto;  
moros, un esclavo os queda;  
cautivos, un compañero  
hoy se añade a vuestras penas.  
Cielos, un hombre restauran  
vuestras divinas iglesias;  
mar, un mísero con llanto  
vuestras ondas acrecienta;  
montes, un triste os habita  
igual ya de vuestras fieras;  
viento, un pobre con sus voces  
os duplica las esferas;  
tierra, un cadáver os labra  
en las entrañas su huesa.

DON FERNANDO:

Porque Rey, hermano, moros,  
cristianos, sol, luna, estrellas,

cielo, tierra, mar y viento,  
montes, fieras, todos sepan  
que hoy un príncipe constante  
entre desdichas y penas  
la fe católica ensalza,  
la ley de Dios reverencia.  
Pues cuando no hubiera otra  
razón más que tener Ceuta  
una iglesia consagrada  
a la Concepción Eterna  
de la que es reina y señora  
de los cielos y la tierra,  
perdiera, vive ella misma,  
mil vidas en su defensa.

REY:

Desagradecido, ingrato  
a las glorias y grandezas  
de mi reino, ¿cómo así  
hoy me quitas, hoy me niegas,  
lo que más he deseado?  
Mas si en mi reino gobiernas  
mas que en el tuyo, ¿qué mucho  
que la esclavitud no sientas?  
Pero ya que esclavo mío  
te nombras y te confiesas,  
como a esclavo he de tratarte:  
tu hermano, los tuyos vean  
que como esclavo vil  
los pies agora me besas.

DON ENRIQUE:

¡Qué desdicha!

MULEY:

¡Qué dolor!

DON ENRIQUE:

¡Qué desventura!]

DON JUAN:

¡Qué pena!

REY:

Mi esclavo eres.

DON FERNANDO:

Es verdad;  
y poco en eso te vengas;  
que si para una jornada  
salió el hombre de la tierra,  
al fin de varios caminos  
es para volver a ella.  
Más tengo que agradecerte  
que culparte, pues me enseñas  
atajos para llegar  
a la posada más cerca.

REY:

Siendo esclavo, tú no puedes  
tener títulos ni rentas;  
hoy Ceuta está en tu poder:  
si cautivo te confiesas,  
si me confiesas por dueño,  
¿por qué no me das a Ceuta?

DON FERNANDO:

Porque es de Dios y no es mía.

REY:

¿No es precepto de obediencia  
obedecer al señor?

Pues yo te mando con ella  
que la entregues.

DON FERNANDO:

En lo justo  
dice el cielo que obedezca  
el esclavo a su señor:  
porque si el señor dijera  
a su esclavo que pecara,  
obligación no tuviera  
de obedecerle; porque  
quien peca, mandando peca.

REY:

Harete muerte.

DON FERNANDO:

Esa es vida.

REY:

Pues para que no lo sea,  
vive muriendo, que yo  
rigor tengo.

DON FERNANDO:

Y yo paciencia.

REY:

Pues no tendrás libertad.

DON FERNANDO:

Pues no será tuya Ceuta.

REY:

¡Hola!

(SALE CELÍN.)

CELÍN:

Señor.

REY:

Luego al punto  
aquese cautivo sea  
igual a todos: al cuello  
y a los pies le echad cadenas;  
a mis caballos acuda  
en baño y jardín, y sea  
abatido como todos;  
no vista ropas de seda  
sino sarga humilde y pobre;  
coma negro pan y beba  
agua salobre; en mazmorras  
húmedas y oscuras duerma,  
y a criados y a vasallos  
se extienda aquesta sentencia.  
¡Llevalde todos!

DON ENRIQUE:

¡Qué llanto!

MULEY:

¡Qué desdicha!

DON JUAN:

¡Qué tristeza!

REY:

Veré, bárbaro, veré  
si llega a más tu paciencia  
que mi rigor.

DON FERNANDO:

Sí verás,  
porque esta en mí será eterna.

(LLÉVANLE.)

REY:

Enrique, por el seguro  
de mi palabra, que vuelvas  
a Lisboa te permito;  
el mar africano deja.  
Di en tu patria que el Infante,  
que su maestro de Avis, queda  
curándome los caballos;  
que a darle libertad venga...

DON ENRIQUE:

Sí harán, que si yo le dejo  
en su infelice miseria,  
y me sufre el corazón  
el no acompañarle en ella,  
es porque pienso volver  
con más poder y más fuerza  
para darle libertad.

REY:

Muy bien harás como puedas.

MULEY:

(APARTE.)

Ya ha llegado la ocasión  
de que mi lealtad se vea:  
la vida debo a Fernando;  
yo le pagaré la deuda.

(VANSE.)

(SALEN CELÍN Y EL INFANTE, CON CADENA Y VESTIDO DE CAUTIVO.)

CELÍN:

El Rey manda que asistas  
en aqueste jardín y no resistas

su ley a tu obediencia.

DON FERNANDO:

Mayor que su rigor es mi paciencia.

(SALEN LOS CAUTIVOS, Y UNO CANTA MIENTRAS LOS OTROS CAVAN EN UN JARDÍN.)

CAUTIVO 1.º:

*A la conquista de Tánger,*  
contra el bárbaro Muley,  
al infante don Fernando  
envió su hermano, el Rey.

DON FERNANDO:

¿Que un instante mi historia  
no deje de cansar a la memoria?  
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2.º:

Cautivo, ¿cómo estáis tan descuidado?  
No lloréis, consolaos; que ya el Maestre  
dijo que volveremos  
presto a la patria y libertad tendremos.  
Ninguno ha de quedar en este suelo.

DON FERNANDO:

¡Qué presto perderéis ese consuelo!

CAUTIVO 2.º:

Consolad los rigores  
y ayudadme a regar aquestas flores:  
tomad los cubos y agua me id trayendo  
de aquel estanque.

DON FERNANDO:

Obedecer pretendo.  
Buen cargo me habéis dado  
pues agua me pedís que mi cuidado,

sembrando penas, cultivando enojos,  
llenará en la corriente de mis ojos.  
(VASE.)

CAUTIVO 1.º:

Al baño han echado, y con cuidado,  
más cautivos.

(SALE DON JUAN Y OTRO, DE CAUTIVOS.)

DON JUAN:

¿No sabremos  
si estos jardines fueron?  
Porque en su compañía  
menos el llanto y el dolor sería:  
dígame amigo, que te guarde el cielo,  
si viste cultivando  
este jardín al maestro don Fernando.

CAUTIVO 2.º:

No le hemos visto.

DON JUAN:

Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUTIVO 3.º:

Digo que el baño abrieron  
y que nuevos cautivos a él vinieron.

(SALE DON FERNANDO CON LOS CUBOS DE AGUA.)

DON FERNANDO:

Mortales, no os espante  
ver un maestro de Avis, ver un infante,  
en tan mísera afrenta,  
que el tiempo estas miserias representa.

DON JUAN:

Pues señor, ¿Vuestra Alteza  
en tan mísero estado de tristeza?  
Rompa el dolor el pecho.

DON FERNANDO:

Válgate Dios, que gran pesar me has hecho,  
don Juan, en descubrirme;  
que quisiera ocultarme y encubrirme  
entre mi misma gente,  
sirviendo pobre y miserablemente.

CAUTIVO 1.º:

Señor, que perdonéis os ruego  
de haber andado yo tan loco y ciego.

CAUTIVO 2.º:

Dadnos señor, tus pies.

DON FERNANDO:

Alzad, amigo;  
ved que yo humilde vivo  
y soy entre vosotros un cautivo.

DON JUAN:

Vuestra Alteza...

DON FERNANDO:

¿Qué alteza  
ha de tener quien vive en tal bajeza?  
Ninguno así me trate  
sino como a su igual.

DON JUAN:

¡Que no desate  
un rayo el cielo para darme muerte!

DON FERNANDO:

Don Juan, no ha de quejarse desafortunada suerte  
un noble. ¿Quién del cielo desconfía?  
La prudencia, el valor, la bizarría  
se ha de mostrar ahora.

(SALE ZARA.)

ZARA:

Al jardín sale Fénix, mi señora,  
y manda que matices y colores  
borden este azafate de sus flores.

DON FERNANDO:

Yo llevarsele espero;  
que en cuanto sea servir seré el primero.

CAUTIVO 1.º:

Ea, vamos a cogellas.

ZARA:

Aquí os aguardo mientras vais por ellas.

DON FERNANDO:

No me hagáis cortesías:  
iguales vuestras penas y las mías  
son. Pues nuestra suerte,  
si no hoy, mañana ha de igualar la muerte,  
no será acción liviana  
no dejar hoy qué hacer para mañana.

(VANSE TODOS HACIENDO CORTESÍAS AL INFANTE Y SALE FÉNIX Y ROSA.)

FÉNIX:

¿Mandaste que me trujesen  
las flores?

ZARA:

Ya lo mandé.

FÉNIX:

Sus colores deseé  
para que me divirtiesen.

ROSA:

¿Qué tales, señora, fueron  
tus graves melancolías?

ZARA:

¿Qué te obligó a estar así?

FÉNIX:

No fue sueño lo que vi  
que fueron desdichas mías.  
Cuando sueña un desdichado  
que es dueño de algún tesoro,  
ni dudo, Zara, ni ignoro  
que entonces es bien soñado;  
mas si a soñar ha llegado  
que desdicha le concierta,  
y aquello sus ojos ven,  
pues soñando el mal y el bien  
halla el mal cuando despierta,  
piedad no espero, ¡ay de mí!,  
porque mi mal será cierto.

ZARA:

¿Y qué dejas para el muerto  
si tú lo sientes así?

FÉNIX:

Ya mis desdichas creí  
precio de un muerto. ¡Quién vio  
tal pena! No hay gusto, no,  
a una infelice mujer.

¿Qué, al fin, de un muerto he de ser?  
¿Quién será este muerto?

(SALE DON FERNANDO CON LAS FLORES.)

DON FERNANDO:

Yo.

FÉNIX:

¡Ay cielos! ¿Qué veo?

DON FERNANDO:

¿Qué te admira?

FÉNIX:

De una suerte  
me admira el oírte y verte.

DON FERNANDO:

No lo jures, bien lo creo.  
Yo pues, Fénix, que deseo  
servirte, humilde traía  
flores de la huerta mía:  
jeroglíficos, señora,  
pues nacieron con la aurora  
y murieron con el día.

FÉNIX:

A la maravilla dio  
ese nombre al descubrilla.

DON FERNANDO:

¿Qué flor no es maravilla  
cuando te la sirva yo?

FÉNIX:

Es verdad. Di, ¿quién causó  
esta novedad?

DON FERNANDO:

Mi suerte.

FÉNIX:

¿Tan rigurosa es?

DON FERNANDO:

Tan fuerte.

FÉNIX:

Pena das.

DON FERNANDO:

Pues no te asombre.

FÉNIX:

¿Por qué?

DON FERNANDO:

Porque nace el hombre  
sujeto a fortuna y muerte.

FÉNIX:

¿No eres Fernando?

DON FERNANDO:

Sí soy.

FÉNIX:

¿Quién te puso así?

DON FERNANDO:

La ley  
de esclavo.

FÉNIX:

¿Quién la hizo?

DON FERNANDO:

El Rey.

FÉNIX:

¿Por qué?

DON FERNANDO:

Porque suyo soy.

FÉNIX:

Pues, ¿no te ha estimado hoy?

DON FERNANDO:

Y también me ha aborrecido.

FÉNIX:

¿Un día posible ha sido  
a desunir dos estrellas?

DON FERNANDO:

Para presumir por ellas  
las flores habrán venido.  
Estas, que fueron pompas y alegría  
despertando el albor de la mañana,  
a la tarde serán lástima vana  
durmiendo en brazos de la noche fría.  
Este matiz que al cielo desafía,  
iris listado de oro, nieve y grana,  
será escarmiento de la vida humana,  
tanto se emprende en término de un día.  
A florecer las rosas madrugaron  
y para envejecerse florecieron:  
cuna y sepulcro en un botón hallaron.  
Tales los hombres sus fortunas vieron:  
en un día nacieron y espiraron,  
que pasados los siglos horas fueron.

FÉNIX:

Horror y miedo me has dado:  
ni oírte ni verte quiero;  
sé el desdichado primero  
de quien huye un desdichado.

DON FERNANDO:

¿Y las flores?

FÉNIX:

Si has hallado  
jeroglíficos en ellas,  
deshacellas y rompellas  
solo sabrán mis rigores.

DON FERNANDO:

¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX:

Parecerse a las estrellas.

DON FERNANDO:

¿Quejas?

FÉNIX:

Ninguna  
estimo en su rosicler.

DON FERNANDO:

¿Cómo?

FÉNIX:

Nace la mujer  
sujeta a muerte y fortuna,  
y en esa estrella importuna  
tasada mi vida vi.

DON FERNANDO:

¿Flores con estrellas?

FÉNIX:

Sí.

DON FERNANDO:

Aunque sus rigores lloro,  
esa propiedad ignoro.

FÉNIX:

Escucha, sabraslo.

DON FERNANDO:

Di.

FÉNIX:

Esos rasgos de luz, esas centellas  
que cobran, con amagos superiores,  
alimentos del sol en resplandores,  
aquello viven que se duelen dellas.  
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,  
efímeras padecen sus ardores:  
pues si un día es el siglo de las flores,  
una noche es la edad de las estrellas.  
De esa, pues, primavera fugitiva  
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere:  
registro es nuestro, o muera el sol o viva.  
¿Qué duración habrá que el hombre espere,  
o qué mudanza habrá que no reciba,  
de astro que cada noche nace y muere?

(VASE Y SALE MULEY.)

MULEY:

A que se ausentase Fénix  
en esta parte esperé,  
que el águila más amante

huye de la luz tal vez.  
¿Estamos solos?

DON FERNANDO:

Sí.

MULEY:

Escucha.

DON FERNANDO:

¿Qué quieres, noble Muley?

MULEY:

Que sepas que hay en el pecho  
de un moro lealtad y fe.  
No sé por dónde empezar  
a declararme, no sé  
si diga cuánto he sentido  
este inconstante desdén  
del tiempo, este estrago injusto  
de la suerte, este cruel  
ejemplo del mundo y este  
de la fortuna vaivén.  
Mas a riesgo estoy si aquí  
hablar contigo me ven;  
que tratarte sin respeto  
es ya decreto del Rey;  
y así mi dolor dejando  
la voz, que él podrá más bien  
explicarse como esclavo,  
vengo a arrojarme a esos pies:  
yo lo soy tuyo; y así  
no vengo, infante, a ofrecer  
mi favor, sino pagar  
deuda que un tiempo cobré.

MULEY:

La vida que tú me diste  
vengo a darte, que hacer bien  
es tesoro que se guarda  
para cuando es menester.  
Y porque el temor me tiene  
con grillos de miedo al pie,  
y está mi pecho y mi cuello  
entre el cuchillo y cordel,  
quiero, acortando discursos,  
declararme de una vez;  
y así digo que esta noche  
tendré en la mar un bajel  
prevenido; en las troneras  
de las mazmorras pondré  
instrumentos que desarmen  
las prisiones que tenéis;  
luego, por parte de afuera,  
los candados romperé.

MULEY:

Tú, con todos los cautivos  
que Fez encierra y en él,  
vuelve a tu patria seguro  
de que yo lo quedo en Fez;  
pues es fácil el decir  
que ellos pudieron romper  
la prisión y así los dos  
habremos librado bien,  
yo el honor y tú la vida;  
pues es cierto que, a saber  
el Rey mi intento, me diera  
por traidor con justa ley;  
que no sintiera el morir.  
Y porque son menester

para granjear voluntades  
dineros, aquí se ve  
destas joyas reducido  
innumerable interés:  
este es, Fernando, el rescate  
de mi prisión; esta es  
la obligación que te tengo;  
que un esclavo noble y fiel  
tan inmenso bien habrá  
de pagar alguna vez.

DON FERNANDO:

Agradecerte quisiera  
la libertad pero el Rey  
sale al jardín.

MULEY:

¿Ha te visto  
conmigo?

DON FERNANDO:

No.

MULEY:

Pues no des  
que sospechar.

DON FERNANDO:

Destos ramos  
haré rústico cancel  
que me encubra mientras pasa.

(VASE Y SALE EL REY.)

REY:

( [APARTE.]  
Con tal secreto Muley

y Fernando...; y irse el uno  
en el punto que me ve  
y disimular el otro...:  
algo hay aquí que temer;  
sea cierto o no sea cierto,  
mi temor procuraré  
asegurar.) Mucho estimo...

MULEY:

Gran señor, dame tus pies.

REY:

...hallarte aquí.

MULEY:

¿Qué me mandas?

REY:

He sentido  
mucho no llegarme a ver  
señor de Ceuta.

MULEY:

Conquista,  
coronado de laurel,  
sus muros; que a tu valor  
mal se podrá defender.

REY:

Con más doméstica guerra  
se ha de rendir.

MULEY:

¿De qué suerte?

REY:

Con abatir y poner  
a Fernando en tal estado  
que él mismo a Ceuta me dé.  
Sabrás pues, Muley amigo,  
que yo he llegado a temer  
que la persona del Maestre  
no está muy segura en Fez;  
los cautivos que en estado  
tan abatido le ven  
se lastiman, y recelo  
que se amotinan por él.  
Fuera desto, siempre ha sido  
poderoso el interés;  
que las guardas con el oro  
son fáciles de romper.

MULEY:

( APARTE.  
Yo quiero apoyar agora  
que todo esto puede ser,  
porque de mí no se tenga  
sospecha.) Tú temes bien:  
fuerza es que quieran libralle.

REY:

Pues solo un remedio hallé  
porque ninguno se atreva  
a atropellar mi poder.

MULEY:

¿Y es, señor?

REY:

Muley, que tú  
le guardes y a cargo esté  
tuyo: a ti no ha de torcerte

ni el temor ni el interés.  
Alcaide eres del Infante:  
procura el guardarle bien;  
porque en cualquiera ocasión  
tú me has de dar cuenta dél.  
(VASE.)

MULEY:

Sin duda alguna que oyó  
nuestros conciertos el Rey  
iválgame Alá!

(SALE FERNANDO.)

DON FERNANDO:

¿Qué te aflige?

MULEY:

¿Has escuchado?

DON FERNANDO:

Muy bien.

MULEY:

Pues, ¿para qué me preguntas  
qué me aflige si me ves  
en tan ciega confusión  
y, entre mi amigo y el Rey,  
el amistad y el honor  
hoy en batalla se ven?

MULEY:

Si soy contigo leal,  
he de ser traidor al Rey;  
ingrato seré contigo  
si con él me juzgo fiel.  
¿Qué he de hacer? ¡Valedme cielos!,

pues al mismo que llegué  
a rendir la libertad  
me entrega para que esté  
seguro en mi confianza.  
¿Qué he de hacer si ha echado el Rey  
llave maestra al secreto?  
Mas, para acatarlo bien,  
te pido que me aconsejes:  
dime tú qué debo hacer.

DON FERNANDO:

Muley, amor y amistad  
en grado inferior se ven  
con la lealtad y el honor.  
Nadie iguala con el Rey;  
él solo es igual contigo;  
y así, mi consejo es  
que a él le sirvas y me faltes:  
tu amigo soy; y porque  
esté seguro tu honor,  
yo me guardaré también;  
que aunque otro llegue a ofrecerme  
libertad, no acataré  
la vida, porque tu honor  
conmigo seguro esté.

MULEY:

Fernando, no me aconsejas  
tan leal como cortés.  
Sé que te debo la vida  
y que pagártela es bien.  
Y así, lo que está tratado  
esta noche dispondré:  
líbrate tú, que mi vida

se quedará a padecer  
tu muerte; líbrate tú,  
que nada temo después.

DON FERNANDO:

¿Y será justo que yo  
sea tirano y cruel  
con quien conmigo es piadoso,  
y mate al honor cruel  
que a mí me está dando vida?  
No; y así, te quiero hacer  
juez de mi causa y mi vida:  
aconséjame también.

DON FERNANDO:

¿Tomaré la libertad  
de quien queda a padecer  
por mí? ¿Dejaré que sea  
vano por su honor cruel  
por ser liberal conmigo?  
¿Qué me aconsejas?

MULEY:

No sé;  
que no me atrevo a decir  
'sí' ni 'no': el 'no', porque  
me pesará que lo diga,  
y el 'sí', porque echo de ver  
si digo al decir que sí  
que no te aconsejo bien.

DON FERNANDO:

Sí aconsejas; porque yo,  
por mi Dios y por mi ley,  
seré un príncipe constante  
en la esclavitud de Fez.

## ACTO III

SALEN MULEY Y  
EL REY

MULEY: ( [APARTE.]  
Ya que socorrer no espero  
por tantas guardas del Rey  
a don Fernando, hacer quiero  
sus ausencias, que esta es ley  
de un amigo verdadero.)  
Señor, pues yo te serví  
en tierra y mar como sabes;  
si en tu gracia merecí  
lugar en penas tan graves:  
atento me escucha.

REY: Di.

MULEY: Fernando...

REY: No digas más.

MULEY: ¿Posible es que no me oirás?

REY: No, que en diciendo 'Fernando'  
ya me ofendes.

MULEY: ¿Cómo o cuándo?  
{{Pt|REY:|  
Como ocasión no me des  
de hacer lo que me pidieras  
cuando me ruegues por él.v

MULEY: Si soy su guarda, ¿no quieres,  
señor, que dé cuenta dél?

REY: Di, pero piedad no esperes.

MULEY: Fernando, cuya importuna  
suerte, sin piedad alguna,  
vive a pesar de la fama,  
tanto que el mundo le llama  
«el monstruo de la fortuna»,  
examinado el rigor,  
mejor dijera el 'poder'  
de tu corona, señor,  
hoy a tan mísero ser  
le ha traído su valor;  
que en un lugar arrojado,  
tan humilde y desdichado  
que es indigno de tu oído;  
enfermo, pobre y tullido,  
piedad pide al que ha pasado;  
porque como le mandaste  
que en las mazmorras durmiese,

que en los baños trabajase,  
que tus caballos curase  
y nadie a comer le diese,

MULEY: a tal extremo llegó,  
como era su natural  
tan flaco, que se tulló;  
y así, la fuerza del mal  
brío y majestad rindió;  
pasando la noche fría  
en una mazmorra dura;  
constante en su fe porfía,  
y al salir la lumbre pura  
del sol, que es padre del día,  
los cautivos, ipena fiera!,  
en una mísera estera  
le ponen en tal lugar...

MULEY: ¿Qué es? ¿Direlo? Un muladar,  
porque es su olor de manera  
que nadie puede sufrille  
junto a su casa; y así,  
todos dan en despedirle,  
y ha venido a estar allí  
sin hablarle y sin oírle,  
ni compadecerse dél;  
solo un criado y un fiel  
caballero en pena extraña  
le consuela y acompaña;  
estos dos parten con él  
su porción, tan sin provecho,  
que para uno solo es poca

pues cuando los labios toca  
se suele pasar al pecho  
sin que lo sepa la boca;  
y aun estos dos los castiga  
tu gente por la piedad  
que al dueño a servir obliga;

MULEY:                   mas no hay rigor ni crueldad,  
por más que ya le persiga,  
que dél los pueda apartar:  
mientras uno va a buscar  
de comer, el otro queda  
con quien consolarse pueda  
de su desdicha y pesar.  
Acaba ya rigor tanto:  
ten del Príncipe, señor,  
ya que no piedad, horror;  
asombro, ya que no llanto.

REY:                    Bien está Muley.  
(SALE FÉNIX.)

FÉNIX:                Señor,  
si ha merecido en tu amor  
gracia alguna mi humildad,  
hoy a Vuestra Majestad  
vengo a pedir un favor.

REY:                   ¿Qué puedo negarte a ti?

FÉNIX:                Fernando el Maestro...

REY:               Está bien;  
ya no hay que pasar de ahí.

FÉNIX:             Horror da a cuantos le ven  
en tal estado. De ti  
solo merecer quisiera...

REY:               Detente, Fénix, espera.  
¿Quién a Fernando le obliga  
para que su muerte siga,  
para que infelice muera?  
Si por ser cruel, y fiel  
a su fe, sufre castigo  
tan dilatado y cruel,  
él es el cruel conmigo,  
que yo no lo soy con él.  
¿No está en su mano salir  
de su miseria y vivir?  
Pues eso en su mano está:  
entregue a Ceuta y saldrá  
de padecer y sentir  
tantas penas y rigores.

(SALE CELÍN.)

CELÍN:             Licencia aguardan que des,  
señor, dos embajadores:  
de Tarudante uno es,  
y el otro del portugués  
Alfonso.

FÉNIX:

[APARTE.]  
¡Ay penas mayores!  
Sin duda que por mí envía  
Tarudante.

[APARTE.]  
MULEY: Hoy perdí, cielos,  
la esperanza que tenía:  
mátenme amistad y celos;  
todo lo perdí en un día.

REY: Entren pues: en este estrado  
conmigo te asienta, Fénix.  
(SIÉNTANSE.)  
(SALEN ALFONSO Y TARUDANTE, CADA UNO POR SU  
PUERTA.)

TARUDANTE: Generoso rey de Fez...

DON  
ALFONSO: Rey de Fez, altivo y fuerte...

TARUDANTE: ...cuya fama...

DON  
ALFONSO: ...cuya vida...

TARUDANTE: ...nunca muera...

DON  
ALFONSO: ...viva siempre...

TARUDANTE: [A FÉNIX.]  
Y tú, de aquel sol aurora...

DON  
ALFONSO: Tú, de aquel ocaso oriente...

TARUDANTE: ..a pesar de siglos dures...

DON  
ALFONSO: ...a pesar de tiempos reines...

TARUDANTE: ...porque tengas...

DON  
ALFONSO: ...porque goces...

TARUDANTE: ...felicidades...

DON  
ALFONSO: ...laureles...

TARUDANTE: ...altas dichas...

DON  
ALFONSO: ...triumfos grandes...

TARUDANTE: ...pocos males...

DON  
ALFONSO: ...muchos bienes...

TARUDANTE:

[A DON ALFONSO.]  
¿Cómo, mientras hablo yo,  
tú cristiano hablar te atreves?

DON  
ALFONSO:           Porque nadie habla primero  
que yo donde yo estuviere.

TARUDANTE:       A mí, por ser de nación  
alarbe, el lugar me deben  
primero; que los extraños,  
donde hay propios, no prefieren.

DON  
ALFONSO:           Donde saben cortesía  
sí hacen; pues vemos siempre  
que dan en cualquiera parte  
el mejor lugar al huésped.

TARUDANTE:       Cuando esa razón lo fuera,  
aun no pudiera vencerme,  
porque el primero lugar  
solo se le debe al huésped.

REY:                Ya basta; y los dos agora  
en mis estrados se sienten:  
hable el portugués que, en fin,  
por de otra ley se le debe  
más honor.

TARUDANTE:       [APARTE.]  
Corrido estoy.

DON  
ALFONSO:

Agora yo seré breve.  
Alfonso de Portugal,  
rey famoso, a quien celebre  
la fama en lenguas de bronce  
a pesar de envidia y muerte,  
salud te envía; y te ruega  
que, pues libertad no quiere  
Fernando, como su vida  
la ciudad de Ceuta cueste,  
que remitas su valor  
hoy a cuantos intereses  
el más avaro codicie,  
el más liberal desprecie.  
Y que dará en plata y oro  
tanto precio como pueden  
valer dos ciudades: esto  
te pide amigablemente.

DON  
ALFONSO:

Pero si no se le entregas,  
que ha de librarle promete  
por armas, a cuyo efeto  
ya sobre la espalda leve  
del mar, ciudades fabrica  
de mil armados bajeles:  
y jura que a sangre y fuego  
ha de librarle y vencerte,  
dejando aquesta campaña  
llena de sangre; de suerte  
que cuando el sol se levante,  
halle los matices verdes  
esmeraldas, y los pierda  
rubíes cuando se acueste.

Aunque como embajador  
no me toca responderte,  
en cuanto toca a mi rey  
puedo, cristiano, atreverme,  
porque ya es suyo este agravio,  
como hijo que obedece  
al Rey, mi señor; y así  
decir de su parte puedes  
TARUDANTE: a don Alfonso que venga  
porque en término más breve  
que hay de la noche a la aurora  
vea en púrpura caliente  
agonizar estos campos;  
tanto, que los cielos piensen  
que se olvidaron de hacer  
otras flores que claveles.

Si fueras, moro, mi igual,  
podría ser que se viese  
reducida esa vitoria  
DON a dos jóvenes valientes;  
ALFONSO: mas dile a tu rey que salga  
si ganar fama pretende;  
que yo haré que salga el mío.

Casi has dicho que lo eres;  
TARUDANTE: y siendo así, Tarudante  
sabrás también responderte.

DON  
ALFONSO: Pues en campaña te espero.

TARUDANTE:

Yo haré que poco me esperes,  
porque soy rayo.

DON  
ALFONSO: Yo viento.

TARUDANTE: Volcán soy que llamas vierte.

DON  
ALFONSO: Hidra soy que fuego arroja.

TARUDANTE: Yo soy furia.

DON  
ALFONSO: Yo soy muerte.

TARUDANTE: ¿Que no te espantes de oírme?

DON  
ALFONSO: ¡Que no te mueres de verme!

REY: Señores, Vuestras Altezas,  
ya que los enojos pueden  
correr al sol las cortinas  
que le embozan y escurecen,  
advertan que, en tierra mía,  
campo aplazarse no puede  
sin mí; y así, yo le niego  
para que tiempo me quede  
de serviros.

DON  
ALFONSO:

No recibo  
yo hospedajes y mercedes  
de quien recibo pesares.  
Por Fernando vengo; el verle  
me obligó a llegar a Fez  
disfrazado desta suerte.  
Antes de entrar en tu corte  
supe que a esta quinta alegre  
asistías, y así vine  
a hablarte porque fin diese  
la esperanza que me trujo;  
y pues tan mal me sucede,  
advierte, señor, que solo  
la respuesta me detiene.

REY: La respuesta, rey Alfonso,  
será compendiosa y breve:  
que si no me das a Ceuta  
no hayas miedo que le lleves.

DON  
ALFONSO: Pues ya he venido por él  
y he de llevarle. Prevente  
para la guerra que aplazo.  
Embajador, o quien eres:  
veámonos en campaña.  
¡Hoy toda el África tiembla!  
(VASE.)

TARUDANTE: Ya que no pude lograr  
la fineza, hermosa Fénix,  
de serviros como esclavo,  
logre al menos la de verme

a vuestros pies: dad la mano  
a quien un alma os ofrece.

FÉNIX:                    Vuestra Alteza, gran señor,  
finezas y honras no aumente  
a quien le estima, pues sabe  
lo que a sí mismo se debe.

MULEY:                    [APARTE.]  
¿Qué espera quien esto llega  
a ver y no se da muerte?

REY:                        Ya que Vuestra Alteza vino  
a Fez impensadamente,  
perdone del hospedaje  
la cortedad.

TARUDANTE:                No consiente  
mi ausencia más dilación  
que la de un plazo muy breve;  
y supuesto que venía  
mi embajador con poderes  
para llevar a mi esposa  
como tú dispuesto tienes,  
no por haberlo yo sido  
mi fineza desmerece  
la brevedad de la dicha.

REY:                        En todo, señor, me vences;  
y así por pagar la deuda  
como porque se previenen

tantas guerras, es razón  
que desocupado quede  
destos cuidados; y así  
volverse luego conviene  
antes que ocupen el paso  
las amenazadas huestes  
de Portugal.

TARUDANTE: No importara,  
porque yo vengo con gente  
y ejércitos numerosos,  
tal que esos campos parecen  
ciudades más que desiertos;  
y volveré brevemente  
con ella a ser tu soldado.

REY: Pues luego es bien que se apreste  
la jornada; pero en Fez  
será bien, Fénix, que entres  
a alegrar esa ciudad.  
¡Muley!

MULEY: Gran señor.

REY: Prevente;  
que con la gente de guerra  
has de ir sirviendo a Fénix  
hasta que quede segura  
y con su esposo la dejes.  
(VASE.)

MULEY:

[APARTE.]

Esto solo me faltaba  
para que, estando yo ausente,  
aun le falte mi socorro  
a Fernando y no le quede  
esta pequeña esperanza.

(VANSE; Y SACAN EN BRAZOS AL INFANTE DON FERNANDO,  
DON JUAN Y CAUTIVOS, Y SACAN UNA ESTERA EN QUE  
SENTARLE.)

DON  
FERNANDO: Ponedme en aquesta parte  
para que goce mejor  
la luz que el cielo reparte.  
¡Oh inmenso, oh dulce Señor,  
qué de gracias debo darte!  
Cuando como yo se vía  
Job, el día maldecía;  
mas era por el pecado  
en que había sido engendrado;  
pero yo bendigo el día  
por la gracia que nos da  
Dios en él, pues claro está  
que cada hermoso arrebol  
y cada rayo del sol  
lengua de fuego será  
con que le alabo y bendigo.

BRITO: ¿Estás bien así, señor?

DON  
FERNANDO: Mejor que merezco, amigo.  
¡Qué de piedades aquí,  
oh Señor, usáis conmigo!

Cuando acaban de sacarme  
de un calabozo, me dais  
un sol para calentarme:  
liberal, Señor, estáis.

CAUTIVO 1.º: Sabe el cielo si quedarme  
y acompañaros quisiera,  
mas ya veis que nos espera  
el trabajo.

DON  
FERNANDO: Hijos, adiós.

CAUTIVO 2.º: ¡Qué pesar!  
(VANSE.)

DON JUAN: Yo también te he de dejar.

DON  
FERNANDO: ¿Qué haré yo sin tu favor?

DON JUAN:  
Presto volveré, señor;  
que solo voy a buscar  
algo que comas; porque  
después que Muley se fue  
de Fez, nos falta en el suelo  
todo el humano consuelo;  
pero con todo eso, iré  
a procurarle; si bien  
imposibles solicito  
porque ya cuantos me ven,  
por no ir contra el edito  
que manda que no te den

ni agua tampoco, ni a mí  
me venden nada. Señor,  
gente viene.

DON  
FERNANDO:            ¡Oh si pudiera  
                         mover a alguno a piedad  
                         mi voz para que si quiera  
                         un instante más viviera  
                         padeciendo!  
                         (EL REY, TARUDANTE, FÉNIX Y CELÍN.)

CELÍN:                    Gran señor,  
                         por una calle has venido  
                         que es fuerza que hayas de ver  
                         al infante don Fernando.

REY:                     [A TARUDANTE.]  
                         Acompañarte he querido  
                         porque mi grandeza veas.

TARUDANTE:          Siempre mis honras deseas.

DON  
FERNANDO:            Dalde de limosna hoy  
                         a este pobre algún sustento:  
                         mirad que hombre humano soy  
                         y que, afligido y hambriento,  
                         muriendo de hambre estoy.  
                         Hombres, doleos de mí;  
                         que una fiera de otra fiera  
                         se compadece.

BRITO: Ya aquí  
no hay pedir de esa manera.

DON  
FERNANDO: ¿Cómo he de decir?

BRITO: Así  
«Moros, tened compasión,  
y algo que este pobre coma  
le dad en esta ocasión,  
por el santo zancarrón  
del gran profeta Mahoma».

REY: Que tenga fe, en este estado,  
más me ofende y más me infama.  
¡Infante, Maestre!

BRITO: El Rey llama.

DON  
FERNANDO: ¿A mí, Brito? Haste engañado:  
ni infante ni maestro soy;  
el cadáver suyo sí;  
y pues ya en la tierra estoy,  
aunque infante y maestro fui,  
no es ese mi nombre hoy.

REY: Pues no eres maestro ni infante:  
respóndeme a mí, Fernando.

DON  
FERNANDO:

Agora, aunque me levante  
de la tierra, iré arrastrando  
a besar tu pie.

REY:                    Constante  
te muestras a mi pesar:  
¿es humildad o valor  
esta obediencia?

DON  
FERNANDO:            Es mostrar  
cuánto debe respetar  
el esclavo a su señor;  
y pues que tu esclavo soy  
y estoy en presencia tuya,  
esta vez tengo de hablarte,  
mi rey y señor, escucha:  
'rey' te llamé, y aunque seas  
de otra ley, es tan augusta  
de los reyes la deidad,  
tan fuerte y tan absoluta,  
que engendra ánimo piadoso;

DON  
FERNANDO:            y así, es forzoso que acudas  
a la sangre generosa  
con piedad y con cordura;  
que aun entre brutos y fieras  
este nombre es de tan suma  
autoridad, que la ley  
de naturaleza ajusta  
obediencias; y así leemos,  
en repúblicas incultas,  
al león, rey de las fieras

que, cuando la frente arruga,  
de guedejas se corona:  
sé piadoso, pues que nunca  
hizo presa en él. Rendido  
en las saladas espumas  
del mar, el delfín, que es rey  
de los peces, le dibujan  
escamas de plata y oro,  
sobre la espalda cerúlea  
coronas, y ya se vio  
de una tormenta importuna  
sacar los hombres a tierra  
porque el mar no los consuma.

DON  
FERNANDO:

El águila caudalosa,  
a quien copete de plumas  
riza el viento en sus esferas,  
de cuantas aves saludan  
al sol es emperatriz;  
y con piedad noble y justa,  
porque brindando no beba  
el hombre entre plata pura  
su muerte, entre los cristales  
mordió la ponzoña dura  
del áspid; con pico y alas,  
borra, deshace y enturbia.

DON  
FERNANDO:

Aun entre plantas y piedras  
se dilata y se dibuja  
este imperio: la granada,  
a quien coronan las puntas  
de una corteza en señal

de que es reina de las frutas,  
envenenada marchita  
los rubíes que le ilustran  
y los convierte en topacios,  
color desmayada y mustia;  
el diamante, a cuya vida  
ni aun el imán ejecuta  
su propiedad, que por rey  
esta obediencia le jura,  
tan noble que la traición  
del dueño no disimula,  
y la agudeza imposible  
de que buriles le pulan  
se deshace entre sí mismo,  
vuelto en cenizas menudas.

DON

FERNANDO:

Pues si entre fieras y peces,  
plantas, piedras y aves usa  
esta majestad de rey  
de piedad, no será injusta  
entre los hombres, señor,  
porque el ser no te disculpa  
de otra ley; que la crueldad  
en cualquiera ley es una.  
No quiero compadecerte  
con mis lástimas y angustias  
para que me des la vida,  
que mi voz no la procura;  
que bien sé que he de morir  
desta enfermedad que turba  
mis sentidos, que mis miembros  
discurre, helada y caduca;  
bien sé que herido de muerte  
estoy, porque no pronuncia

voz la lengua cuyo aliento  
no sea una espada aguda;

          bien sé, al fin, que soy mortal  
y que no hay hora segura,  
y por eso dio una forma,  
con una materia, en una  
semejanza, la razón  
al ataúd y a la cuna;  
acción nuestra es natural,  
cuando recibir procura  
algún hombre, alzar las manos  
en esta materia juntas,  
mas cuando quiere arrojarlo,  
de aquella misma acción usa,  
pues las vuelve boca abajo  
porque así las desocupa:  
el mundo, cuando nacimos,  
en señal de que nos busca  
en la cuna nos recibe  
y en ella nos asegura  
boca arriba, pero cuando,  
o con desdén o con furia  
quiere arrojarnos de sí,  
vuelve las manos que junta  
y aquel instrumento mismo  
forma mi materia muda,  
pues fue cuna boca arriba  
lo que boca abajo es tumba.

DON  
FERNANDO:       Tan cerca vivimos, pues,  
de nuestra muerte; tan juntas

tenemos cuando nacimos  
el lecho como la cuna:  
¿qué aguarda quien esto oye?,  
quien esto sabe, ¿qué busca?  
Claro está que no será  
la vida, no admite duda;  
la muerte sí: esta te pido  
porque los cielos me cumplan  
un deseo de morir  
por la Fe; que aunque presumas  
que esto es desesperación  
porque el vivir me disgusta,  
no es sino afecto de dar  
la vida en defensa justa  
de la Fe, y sacrificar  
a él la vida y alma juntas;

DON

FERNANDO:       y así, aunque pida la muerte,  
el afecto me disculpa,  
y si la piedad no puede  
vencerte, el rigor presuma  
obligarte. ¿Eres león?  
Pues ya será bien que rujas  
y despades a quien  
te ofende, agravia y injuria.  
¿Eres águila? Pues hiere  
con el pico y con las uñas  
a quien su nido deshace.  
¿Eres delfín? Pues anuncia  
tormentas al marinero  
que el mar deste mundo ocupa.  
¿Eres árbol real? Pues muestra  
todas las ramas desnudas  
a la violencia del tiempo

que iras de Dios ejecuta.

DON  
FERNANDO:

¿Eres diamante hecho polvos?  
Pues sé venenosa furia  
y cánsate, porque yo,  
aunque más tormentas sufra,  
aunque más rigores vea,  
aunque llore más angustias,  
aunque más miserias pase,  
aunque halle más desventuras,  
aunque más hambre padezca,  
aunque mis carnes no cubran  
estas ropas y aunque sea  
mi esfera esta estancia sucia,  
firme he de estar en mi fe,  
porque es el sol que me alumbrá,  
porque es la luz que me guía,  
es el laurel que me ilustra.  
No has de triunfar de la Iglesia;  
de mí, si quisieres, triunfa.  
Dios defenderá mi causa  
pues yo defiendo la suya.

REY:

¿Posible es que en tales penas  
blasones y te consueles?  
Siendo propias, ¿que condenes?  
No me duela siendo ajenas;  
que, pues tu muerte causó  
tu misma mano y yo no,  
no esperes piedad de mí:  
ten tú lástima de ti,

Fernando, y tendrela yo.  
(VASE.)

DON  
FERNANDO: Señor, Vuestra Majestad  
me valga.

TARUDANTE: ¡Que desventura!  
(VASE.)

DON  
FERNANDO: Si es alma de la hermosura  
esa divina deidad,  
vós, señora, me amparad  
con el Rey.

FÉNIX: ¡Qué gran dolor!

DON  
FERNANDO: ¿Aún no me miráis?

FÉNIX: ¡Qué horror!

DON  
FERNANDO: Hacéis bien, que vuestros ojos  
no son para ver enojos.

FÉNIX: ¡Qué lastima! ¡Qué dolor!

DON  
FERNANDO: Pues aunque no me miréis,  
señora, es bien que sepáis  
que aunque tan bella os juzgáis,

que más que yo no valéis  
y yo quizá valgo más.

FÉNIX: Horror con tu voz me das  
y con tu aliento me hieres;  
déjame, hombre, ¿qué me quieres  
que no puedo sentir más?  
(VASE.)  
(SALE DON JUAN CON UN PAN.)

DON JUAN: Por alcanzar este pan  
que traerte, me han seguido  
los moros y me han herido  
con los palos que me dan.

DON  
FERNANDO: Esa es la herencia de Adán.

DON JUAN: Toma.

DON  
FERNANDO: Ya, amigo leal,  
tarde llegas; que mi mal  
es mortal.

DON JUAN: Deme el cielo  
en tantas penas consuelo.

DON  
FERNANDO: Pero, ¿qué mal no es mortal  
si mortal el hombre es?  
Y, en este confuso abismo,  
la enfermedad de sí mismo

le viene a matar después.  
Hombre, mira que no estés  
descuidado, la verdad  
sigue; que hay eternidad,  
y otra enfermedad no esperes  
que te avise pues tú eres  
tu mayor enfermedad.

DON  
FERNANDO:

Pisando la tierra dura  
de continuo el hombre está,  
y cada paso que da  
es sobre su sepultura;  
triste ley, sentencia dura  
es saber en cualquier caso  
cada paso, ¡gran fracaso!,  
es para andar adelante,  
y Dios no es a hacer bastante  
que no haya dado aquel paso:  
amigos mi fin llegó;  
llevadme de aquí en los brazos.

DON JUAN:

Serán los últimos lazos  
de mi vida.

DON  
FERNANDO:

Lo que os ruego,  
noble don Juan, es que luego  
que espire me desnudéis;  
en la mazmorra hallaréis  
de mi religión el manto  
que le truje tiempo tanto;  
con este me enterraréis  
descubierto si el rey fiero

ablanda la saña dura  
dándome la sepultura;  
esta señalad, que espero  
que, aunque hoy cautivo muero,  
rescatado he de gozar  
el sufragio del Altar;  
que pues yo os he dado a Vós  
tantas iglesias, mi Dios,  
alguna me habéis de dar.  
(LLÉVANLE.)

(EL INFANTE DON ALFONSO Y SOLDADOS CON ARCABUCES.)

DON  
ALFONSO:

Dejad a la inconstante  
playa azul esa máquina arrogante  
de naves que, causando al cielo asombros,  
el mar sustenta en sus nevados hombros;  
y en estos horizontes  
aborten gente los preñados montes  
del mar, siendo, con máquinas de fuego,  
cada bajel un edificio griego.  
(SALE ENRIQUE.)

DON  
ENRIQUE:

Señor, tú no quisiste que saliera  
nuestra gente de Fez en la ribera  
y este puesto escogiste  
para desembarcar: infeliz fuiste  
porque, por una parte,  
marchando viene el numeroso marte,  
cuyo ejército al viento desvanece  
y los collados de los montes crece;  
Tarudante conduce gente tanta,  
llevando a su mujer, felice infanta,  
de Fez hacia Marruecos;

mas respondan las lenguas de los ecos.

DON  
ALFONSO: Enrique, a eso he venido  
a esperalle a este paso, que no ha sido  
esa elección acaso; prevenida  
estaba, y la razón está entendida:  
si yo a desembarcar a Fez llegara,  
esa gente y la suya en ella hallara;  
y estando divididos,  
hoy con menos poder están vencidos;  
y antes que se prevengan  
toca al arma.

DON  
ENRIQUE: Señor, advierte y mira  
que es sin tiempo esta guerra.

DON  
ALFONSO: Ya mi ira  
ningún consejo alcanza;  
no se dilate un punto esta venganza:  
entre en mi brazo fuerte  
por África el azote de la muerte.

DON  
ENRIQUE: Mira que ya la noche,  
envuelta en sombras, el luciente coche  
del sol esconde entre las sombras puras.

DON  
ALFONSO: Pelearemos a oscuras;  
que a la Fe que me anima,  
ni el tiempo ni el poder la desanima.  
Fernando, si el martirio que padeces,  
pues es suya la causa, a Dios le ofreces,

cierta es la vitoria;  
mío será el honor, mía la gloria.

DON  
ENRIQUE: Tu orgullo altivo yerra.

DON  
FERNANDO: (DENTRO.)  
Embiste, gran Alfonso. ¡Guerra! ¡Guerra!

DON  
ALFONSO: ¿Oyes confusas voces  
romper los vientos tristes y veloces?

DON  
ENRIQUE: Sí, y en ellos se oyeron  
trompetas que a embestir señal hicieron.

DON  
ALFONSO: Pues a embestir, Enrique; que no hay duda  
que el cielo nos ayuda.

(SALE FERNANDO.)

DON  
FERNANDO: Sí ayuda.  
Porque obligando al cielo,  
que vio tu fe, tu religión, tu celo,  
hoy tu causa defiende:  
librarme a mí de esclavitud pretende;  
porque por raro ejemplo  
por tantos templos, Dios me ofrece un templo;  
y con esta luciente  
antorcha desasida del oriente,  
tu ejército arrogante  
alumbrando he de ir siempre delante  
para que hoy en trofeos

iguales, grande Alfonso, en tus deseos,  
llegues a Fez, no a coronarte agora,  
sino a librar mi ocaso en el aurora.  
(VASE.)

DON  
ENRIQUE: Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

DON  
ALFONSO: Yo no: todo lo creo;  
y si es de Dios la gloria,  
no digas 'guerra' ya sino 'vitoria'.  
(VANSE.)  
(EL REY, CELÍN Y EN LO ALTO DEL TABLADO DON JUAN Y UN  
CAUTIVO Y EL INFANTE EN UN ATAÚD -QUE SE VEA LA CAJA NO  
MÁS-.)

DON JUAN: Bárbaro, gózate aquí  
de que, tirano, quitaste  
la mejor vida.

REY: ¿Quién eres?

DON JUAN: Un hombre que, aunque me maten,  
no he de dejar a Fernando,  
y aunque de congoja rabie,  
he de ser perro leal  
que en muerte he de acompañarle.

REY: Cristianos: ese padrón,  
que a las futuras edades  
informe de mi justicia;

que rigor no ha de llamarse  
venganza de agravios hechos  
contra personas reales.  
Venga Alfonso agora; venga  
con arrogancia a sacarle  
de esclavitud; que aunque yo  
perdí esperanzas tan grandes  
de que Ceuta fuese mía,  
porque las pierda arrogante  
de su libertad, me huelgo  
de verle en estrecha cárcel.  
Aun muerto no ha de estar libre  
de mis rigores notables,  
y así puesto a la vergüenza  
quiero que esté a cuantos pasen.

DON JUAN: Presto verás tu castigo,  
que por campañas y mares  
ya descubro desde aquí  
mis cristianos estandartes.

REY: Subamos a la muralla  
a saber sus novedades.  
(VANSE.)

DON JUAN: Arrastrando las banderas  
y destemplados los parches,  
muertas las cuerdas y luces,  
todas son tristes señales.

(TOCAN CAJAS DESTEMPLADAS; SALE EL INFANTE DON  
FERNANDO CON UNA HACHA ALUMBRANDO AL INFANTE DON

ALFONSO Y ENRIQUE, QUE TRAEN CAUTIVOS A  
TARUDANTE, FÉNIX Y MULEY Y TODOS LOS SOLDADOS.)

DON  
FERNANDO:           En el horror de la noche,  
                          por sendas que nadie sabe,  
                          te guíe: ya con el sol  
                          pardas nubes se deshacen.  
                          Vitorioso, gran Alfonso,  
                          a Fez conmigo llegaste:  
                          este es el muro de Fez;  
                          trata en él de mi rescate.  
                          (VASE.)

DON  
ALFONSO:            ¡Ha de los muros! ¡Decid  
                          al Rey que salga a escucharme!  
                          (EL REY Y CELÍN AL MURO.)

REY:                   ¿Qué quieres, valiente joven?

DON  
ALFONSO:            Que me entregues al Infante,  
                          al maestro don Fernando,  
                          y te daré por rescate  
                          a Tarudante y a Fénix  
                          que presos están delante.  
                          Escoge lo que quisieres:  
                          morir Fénix o entregalle.

REY:                   ¿Qué he de hacer, Celín, amigo,  
                          en confusiones tan grandes?  
                          Fernando es muerto y mi hija  
                          está en su poder: mudable  
                          condición de la fortuna

que a tal estado me trae.

FÉNIX:

¿Qué es esto, señor? Pues viendo  
mi persona en este trance,  
mi vida en este peligro,  
mi honor en este combate,  
¿dudas qué has de responder?  
¿Un minuto, ni un instante,  
de dilación te permite  
el deseo de librarme?  
En tu mano está mi vida,  
¿y consientes, ipena grave!,  
idolor fiero!, que la mía  
injustas prisiones aten?  
A tu voz está pendiente  
mi vida, irigor notable!,  
¿y permites que la mía  
turbe la esfera del aire?  
A tus ojos ves mi pecho  
rendido a un desnudo alfanje,  
¿y consientes que los míos  
tiernas lágrimas derramen?  
Siendo rey, ¿has sido fiera?  
Siendo padre, ¿fuiste áspid?  
Siendo juez, ¿eres verdugo?  
Ni eres rey, jüez ni padre.

REY:

Fénix, no es la dilación  
de la respuesta negarte  
la vida, cuando los cielos  
quieren que contigo acabe.  
Y puesto que ya es forzoso

que una ni otra se dilate,  
sabe, Alfonso, que a la hora  
que Fénix le vio ayer tarde,  
con el sol llegó al ocaso  
sepultándose en dos mares,  
de la muerte y de la espuma,  
juntos el sol y el Infante;  
esa caja humilde y breve  
es de su cuerpo el engaste:  
da la muerte a Fénix bella;  
venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX:            ¡Ay de mí! ¡Ya mi esperanza  
de todo punto se acabe!

REY:              Ya no me queda remedio  
para vivir un instante.

DON  
ENRIQUE:        ¡Válgame el cielo! ¡Qué escucho!  
¡Qué tarde, cielos, qué tarde  
le llegó la libertad!

DON  
ALFONSO:        No digas tal; que si antes  
Fernando en sombras nos dijo  
que de esclavitud le saque:  
por su cadáver lo dijo;  
porque goce su cadáver  
por muchos templos un templo,  
y a él se ha de hacer el rescate.

DON  
ALFONSO:

Rey de Fez, porque no pienses  
que muerto Fernando vale  
menos que aquesta hermosura,  
por él cuando muerto yace  
te la trueco; envía pues  
la nieve por los cristales,  
el enero por los mayos,  
las rosas por los diamantes,  
y al fin un muerto infelice  
por una divina imagen.

REY:                   ¿Qué dices, invicto Alfonso?

DON  
ALFONSO:           Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX:               Precio soy de un hombre muerto:  
cumplió el cielo su homenaje.

REY:                   Por el muro descolgad  
el ataúd y entregalde;  
que para hacer las entregas  
a sus pies voy a arrojarme.  
(VASE; Y BAJEN EL ATAÚD CON CUERDAS POR EL MURO.)

DON  
ALFONSO:           En mis brazos os recibo  
divino príncipe mártir.

DON  
ENRIQUE:           Yo, hermano, aquí te respeto.

DON JUAN:

Dame, invicto Alfonso, dame  
la mano.

DON  
ALFONSO: Don Juan, amigo,  
buena cuenta del Infante  
me habéis dado.

DON JUAN: Hasta su muerte  
le acompañé; hasta mirarle  
libre, vivo y muerto estuve  
con él: mirad dónde yace.

DON  
ALFONSO: Dadme tío vuestra mano;  
que aunque necio y ignorante  
a sacaros de peligro  
vine, gran señor, tan tarde,  
en la muerte, que es mayor,  
se muestran las amistades.  
En un templo soberano  
haré depósitos graves  
de vuestro sagrado cuerpo.  
A Fénix y a Tarudante  
te entrego, Rey, y te pido  
que aquí con Muley la cases  
por el amistad que sé  
que tuvo con el Infante.  
Agora llegad, cautivos:  
ved vuestro santo y llevalde  
en hombros hasta la armada.

REY: Todos es bien te acompañen.

DON  
ALFONSO:

Al son de dulces trompetas  
y templadas cajas, marchen  
el ejército con orden  
de entierro; para que acabe  
pidiendo perdón aquí,  
de yerros que son tan grandes,  
el católico Fernando,  
príncipe, en la Fe, constante.

∞ Fin ∞

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Título](#)
2. [El príncipe constante](#)
3. [Elenco](#)
4. [Acto I](#)
5. [Acto II](#)
6. [Acto III](#)

## **HITOS**

1. [El príncipe constante](#)
2. [Portada](#)